

todas; invencible á causa de su misma debilidad, como los niños y las mujeres; respetado, pero no envidiado por sus vecinos; indiferente al movimiento del siglo; no pensando en mejorar la condicion de su pueblo; desembarazado de toda intervencion del pais en el Gobierno; esto es, no fiscalizado por la Representacion Nacional; desocupado, libre, olvidado, solo, el Duque de Módena no probaria más parte del poder que las satisfacciones, las prerogativas, las inmunidades, la arbitrariedad, lo que haga la soberbia, lo que lisonjea el orgullo.—Y qué pesada, qué terrible, qué insoportable seria para los demás la presencia de este déspota ocioso, cuya mirada, cuya accion, cuyas pasiones penetrarian en el seno de la familia, pasarian de la vida pública á la privada, intervendrian en lo urbano tanto como en lo nacional, é invadirian constantemente la esfera de las personalidades!...

Tal es la condicion de todos los Estados sumamente pequeños. En ellos, la tiranía del amo es necesaria, fatal, inevitable, como pasatiempo, como distraccion, como recurso contra el fastidio. Un rey absoluto, encerrado con sus vasallos en estrechos límites, tiene que vivir solo ó degradado; ó es déspota, ó no es rey. El continuo contacto con unas mismas personas, produce la familiaridad y la llaneza, ó el odio y el rigor. La proximidad mata el respeto. *Nadie es grande hombre para su ayuda de cámara.* Los chismes de vecindad, que son la polilla de los pueblos de provincia, son un veneno en las córtes *lilliputienses*. Si de algun modo se explican los crímenes espantosos que forman la historia de Italia, es por su division en diminutos Estados. Los *Scala* de Verona, los *Visconti* de Milan, los *Este* de Ferrara, los *Carrara* de Pádua, los *Gonzaga* de Mántua y tantos otros como fueron señores de vidas y haciendas en escaso territorio, usaban del poder de tal manera, que lo que le faltaba en extension, le sobraba en densidad.—Todo el mundo sabe que es regla establecida que no sean válidos, al saltar á tierra, los desafíos ajustados á bordo de un buque durante una larga travesía, y la filosofia de esta sábia ley se funda en la experiencia que tienen los navegantes de que muchos hombres encerrados en un reducido espacio, y viéndose todos los dias, acaban por estorbarse, por chocar unos contra otros, por aborrecerse, por desear aniquilarse.—Ahora bien, convertid á uno de esos hombres en Señor de los demás, y llegará un momento en que arrojará al agua á todos sus compañeros de viaje.... —Ni es esto todo: yo sé de un gran genio, á quien su prodigiosa imaginacion habia revelado en pocos años todos los misterios de la vida, el cual, cansado y disgustado ya de una monótona existencia, que nada nuevo podia enseñarle, deseó muchas veces, durante sus accesos de melancolía, tener en su mano el poder de Dios, no para mejorar el mundo, sino para volverlo á la nada.—Asi somos los hombres; y por eso valemos algo. Tal es nuestro ambicioso espíritu, y por eso le creo yo destinado á mejor vida....

Pero ¿á dónde voy á parar? ¿Qué tiene que ver nada de esto con el buen *Rossi*, que exclama ahora mismo con verdadera inspiracion:

.. Presto à morir son sempre:
 è duolmi or sol l'aver vissuto 'io trappo!

Rossi es un buen actor trágico; pero, aunque muy jóven todavía, está ya próximo á su decadencia. Grita mucho y es exagerado como todos los actores de Italia, lo cual ha debilitado prematuramente sus facultades. Diríase que ha explotado mal la cantera de su voz, y que al sacar de ella algunas estátuas, ha quebrantado el mármol restante. Quizás es tambien demasiado enfático, demasiado solemne; pero cuando se distrae, tiene arranques sublimes.—En resumen: á mi juicio, vale más que todos los actores trágicos que he oido en Francia y en España, excluyendo á la *Ristori*.

¡Ah! Los italianos son artistas por naturaleza, por tradicion y porque respiran el arte en el aire patrio.—En los últimos histriones de una compañía ambulante échase de ver no sé qué grandeza clásica, no sé qué instintos magistrales, no sé qué tentativas de sublimidad, que no pueden consistir en otra cosa que en la costumbre de contemplar en todas partes, en la iglesia, en la plaza pública, en los paseos, en los mismos campos, nobles estátuas, elegantes pórticos, maravillosas pinturas, venerables ruinas; modelos, en fin, de la perfeccion artistica á que tantas veces ha llegado Italia.—Yo he visto á un niño de doce años dibujar con carbon sobre las losas de una calle de Milan cabezas de Virgenes y de Santos, llenas de defectos, es verdad, pero notables por su *estilo*.—Yo he oido cantar á los trabajadores y á los soldados, en las calles y en los caminos, con una inteligencia y un gusto que se adquieren difícilmente en los Conservatorios de otros pueblos.—Yo no he hallado todavía en Italia cuadro, escultura ni edificio tan detestable que no recuerde, siquiera pálidamente, las excelencias de los grandes maestros immortalizados por la fama.

Volviendo á *Rossi*, diré que la noche que estoy pasando viéndole hacer el papel de *Virginio* en la *VIRGINIA* del sublime Alfieri, es la primera en que he realizado parte de mis ilusiones acerca de los teatros de Italia.

Entre tanto, la tragedia es interrumpida á cada paso por los aplausos frenéticos del público, que encuentra en todas las escenas algo que referir, por vía de epigrama, al gobierno difunto de los Este.—Y el público no se equivoca en ello; pues Alfieri, como todo el mundo sabe, era un tribuno ardientísimo, disfrazado de poeta, y sus obras inmortales están sembradas de alusiones, máximas, profecías y predicaciones políticas, que han contribuido no poco á mantener vivo en toda la península italiana, durante los últimos años de opresion y tiranía, el amor á la libertad y el afan de independendencia.

Debo tambien hacer notar que no es solamente el *insensato vulgo*, siempre dispuesto á las mudanzas (como llamaba Radetzky á la clase popular) el que aplaude con furor los rasgos patrióticos y liberales de Alfieri: son tambien las más principales damas, los más nobles caballeros,

los ancianos patricios, los jóvenes de moda...—Siguiendo mi sistema inquisitorial, he preguntado á mis vecinos el nombre de las personas que daban mayores muestras de entusiasmo en los palcos de *ordine nobile*, y me han dicho :

—Ese es el conde; esa es la marquesa; ese es el duque de tal; ese es un magistrado; ese es un sabio; esa es la hija de un banquero; ese lleva tal ó cual ilustre apellido...

Y yo he exclamado en mi interior:

—¿Quiénes serán en *Módena* los partidarios de Francisco V? ¿En qué se fundarán algunos publicistas extranjeros para llamar *inicua usurpacion* á la anexion de *Módena* al Piamonte, y ridícula farsa al sufragio universal que dió por concluida la autonomía modenesa?

¡Aquellos publicistas lo sabrán!

Con estos pensamientos me vuelvo á mi casa, donde al fin voy á complacer á mi estúpido Cuerpo, entregándolo al descanso.

Módena, 20 de Noviembre.

Es la una de la tarde.

Hállome en la Estacion de la *Strada ferrata*, esperando la salida del tren que ha de llevarme de *Módena* á *Parma* en cosa de hora y media.

En este momento acabo mi excursion por *Módena*; excursion en que he gastado toda la mañana.

He estado en la *Catedral*, cuyo indudable mérito es más bien arqueológico que arquitectónico. Data del siglo XI, y su fundacion se debe á la famosa *Condesa Matilde*, de quien hablaremos cuando vayamos á *Elorenzia*. El estilo es lombardo, y, como tal, sumamente curioso para los peritos en el arte de Vitrubio. Lo único que en la *Catedral* agrada á los profanos, es la célebre *Torre* llamada la *Ghirlandina* (uno de los *campaniles* más altos de Italia), cuyo nombre proviene de una guirnalda de bronce que ostenta alrededor de la veleta.—Todo el exterior de aquella elegante y corpulenta mole está revestido de mármol blanco.

Desde allí he ido al *Palacio ex-ducal*, cuya magnitud y hermosura me han sorprendido extraordinariamente.—Lo mismo digo de aquel edificio, que dije anoche del poder de los Duques de *Módena*: ni el uno ni el otro estaban en proporcion con la pequeñez del Estado.—El tal Palacio hállase aislado en la confluencia de tres calles magníficas, desde las cuales ofrece un aspecto magestuoso. Su arquitectura es del Renacimiento. El patio, la escalera, las galerías y los salones tienen una grandeza verdaderamente cesárea.

En cambio, el ajuar es pobre y hasta mezquino en muchas habitaciones. Nótase en él una mezcla de esplendor y de miseria, que deja comprender que el Reino no le bastaba al Alcázar. En unas habitaciones se ven sillones riquísimos, preciosos dorados, soberbias colgaduras; en otras un mueblaje antiguo, apollillado, roto; aquí sofás y butacas de *gutta-percha*,

veladores y mesas de caoba lisa, un menaje, en fin, sumamente modesto, propio de simples mortales, igual al que decora las casas de la clase media; allí trastos viejos é inservibles; en algunos aposentos... absolutamente nada.

La *Galería de pinturas* de este Palacio era de primer órden hace dos siglos; pero el Duque Francisco III se vió un dia en apuro y vendió al Elector de Sajonia cien magníficos Cuadros, entre los cuales iban cinco ó seis *Correggios*.—Hoy sólo quedan en la Galería veinte ó treinta lienzos medianos, casi todos de la escuela boloñesa.—Un *Fraile*, que lleva el nombre de Velazquez, y un *Labrador*, que se atribuye á Murillo, son dos falsos testimonios levantados por los príncipes de Este á los príncipes de la pintura española.

Actualmente no vive nadie en el *Palacio*. Cuando yo lo he visitado, se celebraba en él una almoneda de los juguetes de los hijos del último Duque. Estos juguetes son pobres y ridículos, y el pueblo, en vez de hacerles postura, se entretiene en mirarlos y reirse.—Entre ellos he visto una locomotora de carton con este letrero: «*De Módena á Monaco.*»

¡Ah! el bueno de Francisco V se consolaba pensando en Estados más pequeños que el suyo!—¡Con qué soberbio desden y con cuánta complacencia recordaria á todas horas las repúblicas de *Andorra* y de *San Marino*!—¡Al lado de ellas, el Ducado de Módena era el Imperio de Alejandro !!!

Después he vagado por las calles, y, últimamente, he venido á la Estacion del ferro-carril, dando una vuelta en coche por encima de la *Muralla* que ciñe la ciudad.—Esta muralla, como la de Cádiz, sirve de *Paseo público*, y desde su lado meridional se goza una hermosísima vista de la mole azul de los Apeninos...

Pero el tren piafa de impaciencia...—Partámos; que tiempo tendremos de contemplar estos Montes.

II.

DE MÓDENA Á PARMA.—LOS FARNESIO.—RECUERDOS DE ESPAÑA.—CORREGGIO.—UN TEATRO ANTIGUO Y OTRO MODERNO.

El ferro-carril de Módena á *Parma* corre paralelamente con la *Via Emiliana*, á lo largo de una fértil llanura, cortada á cada paso por impenetrables arroyos y hasta por verdaderos rios, que bajan del Apenino y van en busca del Po á mezclarse con las aguas procedentes de los Alpes.

Primero pasamos el *Secchia*.

Luégo nos detenemos algunos minutos delante de *Rubira*, aldea fortificada, en donde encerraban los *Este* á los grandes reos de Estado.

Y un cuarto de hora después hacemos alto á las puertas de *Reggio*, la segunda ciudad del Ducado de Módena, rodeada de murallas y defendida por una gran fortaleza.



LA DUQUESA DE PARMA.



Reggio, que sólo encierra 49,000 habitantes, tuvo también sus tiempos de República independiente y de Reino infinitesimal.—Decididamente, un viaje en ferro-carril al través de tantas antiguas monarquías, se parece en cierto modo al *Viaje de Micromegas*.

Después de salvar otrorriachuelo, paramos en la estación de *San Hilario*, cerca de la cual se ve sobre la vía Emiliana un *Arco de triunfo*, levantado hace dos siglos en celebridad del casamiento de un Farnesio con una Médicis.

En seguida pasamos á la vista de *San Lázaro*, población famosa por su hospital de leprosos, y llegamos á las orillas del

Enza, caudaloso torrente, que sirve ó servía de frontera á los Ducados de Parma y Módena.

En *San Próspero*, primera aldea del *Estado de Parma*, el país llega á un indecible grado de fertilidad y hermosura.—El verde manto del Apenino baja hasta aquí, recamado de plata por mil arroyos bullidores, que sólo están en actividad durante la primavera y el otoño. El verano los seca y el invierno los petrifica en su cuna.

A lo lejos distingo ya entre el arbolado las cúpulas y campanarios de *Parma*, dorados por el sol...

¡Por cierto que la Ciudad de los Farnesio, asentada en medio de tan amena y dilatada llanura, me parece, más que una corte de Italia, un inmenso palacio campestre, un *sitio real*, perteneciente á la corona de España!...

Esto es injusto y egoísta...; pero ¿quién pone una mordaza á la loca imaginación?—¿Ha oído uno decir tantas veces que España tiene *derechos* al Estado de Parma! ¿Están tan enlazadas sus historias! ¿Van tan unidos sus nombres! ¿Así es que mis afectos se sobreponen á mis ideas; y después de haber abominado de la fatal división en que los italianos han vivido hasta ahora, estoy ahora por lamentar la fusión de Parma en Italia.—Ya me acusé el otro día, viendo salir el sol desde una calle de Ferrara, de cierto fanatismo patrio.—«*Perezcan los principios y sálvense las colonias!*» Tal es mi primer grito cuando se trata de la patria...

Sin embargo, esto no pasa de ser una intemperancia del afecto, que la reflexión se apresura á reprobar. Seamos consecuentes con nosotros mismos y con la justicia. Por muchos tratados que firmen los poderosos de la tierra, los derechos de un pueblo á reinar sobre otro son fútuas convenciones que repugnan á la razón.—Los hechos consumados por la fuerza no tienen más razón de ser que la fuerza misma, y cuando esta cesa, los hechos cesan también, sin que sea dado invocar entonces la autoridad del tiempo.—El tiempo no sanciona lo absurdo: antes lo desvirtúa constantemente, puesto que acredita la inmortalidad y la impenetrabilidad del derecho.—Mil años de violencia pueden ser anulados por un solo día de libertad.

Conque dejemos á Italia ser Italia, y contentémonos nosotros con ser España, ó, por mejor decir, lamentémonos de no serlo *enteramente*. Olvidemos un poco nuestros *derechos eventuales* á Parma, y acordémonos algo

de nuestros *derechos eternos* á Gibraltar...,—lo cual no quita para que nos bañemos en el agua de rosas de nuestra historia; para que nos recreemos con nuestro poético pasado; para que nos engriamos de haber tenido unos padres tan poderosos, que, no sólo pudieron hacer lo justo, sino tambien su santa voluntad..., como paso á demostraros.

La historia especial ó peculiar de *Parma* principia con la dinastía de los Farnesio, á mediados del siglo XVI.

Pablo III, Papa, que en el siglo se llamó Alejandro Farnesio, erigió el ducado de Parma y Plasencia para su hijo Pedro-Luis, habido en un matrimonio secreto que contrajo cuando era seglar.

Este *Pedro-Luis-Farnesio*, primer Duque de Parma, fué uno de los hombres más abominables que han aparecido sobre la tierra.—Su pueblo le hizo justicia: los nobles le dieron de puñaladas, y la plebe lo arrastró por las calles de la Ciudad.

Su hijo *Octavio* fue reconocido por Cárlos V, quien le dió en matrimonio á su hija la famosa Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos. Octavio reinó en Parma sábia y gloriosamente, durante más de treinta años, y murió bendecido de sus súbditos.

Alejandro, hijo de Octavio y de Margarita, penetró aún más en la historia de España.—Este es el famoso *Alejandro Farnesio*, general de los Ejércitos Españoles en tiempo de Felipe II, compañero de don Juan de Austria en Lepanto, su sucesor en el gobierno de Flandes, vencedor de Mauricio de Nassau y de Enrique IV de Francia, y uno de los hombres más ilustres de aquel siglo de oro de la Europa.

Alejandro no estuvo nunca en sus Estados. Sus descendientes reinaron aquí sin gloria ni fortuna, y ya espiraba la dinastía y eran flojos los antiguos lazos que unian á Parma y á España, cuando nuestro Felipe V se casó con la célebre *Isabel Farnesio*, que le llevó en dote este Ducado.

Estrechóse, pues, más y más el antiguo parentesco entre ambos Estados.—El primer Borbon de España continuaba la obra de Cárlos V.—Pero Isabel entendió las cosas de otra manera, y no bien su hijo Cárlos entró en la mayor edad, envióle á reinar á Parma.

Este *Cárlos* pasó luego al trono de Nápoles, y acabó por ser rey de España con el nombre tan popular de Cárlos III.

Un hermano suyo, el infante *D. Felipe*, le reemplazó en la soberanía de Parma, é hija de este príncipe fue la célebre María Luisa, esposa de nuestro buen Cárlos IV.—Nuevo lazo entre las dos monarquías.

A *D. Felipe* le heredó su hijo *D. Fernando*, desposeido del ducado de Parma y Plasencia por Napoleon I, quien le dió en cambio la Toscana, erigida en *Reino de Etruria*.—Don Fernando protestó contra semejante arreglo, y murió sin aceptar el reino de Etruria, aunque iba ganando en el cambio.

Pero su hijo *don Luis*, casado con una hija de Cárlos IV de España (vuelve á remacharse el parentesco), fué menos escrupuloso y admitió la Toscana.

(Esta hija de nuestro Cárlos IV es la famosa *Reina de Etruria*, que tanto brilló en la córte de Napoleon por su lujo, su belleza y su carácter, cuando pasó por París con su esposo antes de tomar posesion del improvisado reino.)

Muerto don Luis en 1803, la *Reina de Etruria* siguió en el trono, como Regente en nombre de su hijo *D. Cárlos II*, hasta el año de 1807, en que fue desposeida de nuevo, por haber sido incorporada tambien la Toscana al imperio de Napoleon, y se dirigió entonces á Francia, en donde compartió el destierro de su padre Cárlos IV y de su hermano Fernando VII, víctimas como ella de sus debilidades con el Emperador.

Entre tanto, el *Ducado de Parma y Plasencia* habia sido hecho tres pequeños Principados, en que reinaban *Paulina Bonaparte*, *Cambaceres* y *Lebrun*.

1814 arregló las cosas de otra manera. El *Ducado de Parma* fue dado á la *ex-Emperatriz Maria Luisa*, esposa de Napoleon (prisionero ya en la isla de Elba), para ella y para su hijo el llamado *Rey de Roma*, y la *Reina de Etruria* recibió el pequeño *Ducado de Luca* para su desheredado hijo *D. Cárlos II*.

1817 fué más favorable á los Borbones. En dicho año declaró la Europa que el *Ducado de Parma* volveria á poder de los nuevos Señores de Luca, á la muerte de la *ex-Emperatriz*, lo cual equivalia á despojar de todo patrimonio al *Rey de Roma*.—*Maria Luisa* aceptó: dejó en poder del Austria al hijo del Héroe vencido en Waterloo: dedicóse á gobernar á *Parma* en union del Conde de Niepperg, general austriaco y su primer ministro, con quien mantenía criminales relaciones: tuvo de él tres hijos, en vida del Prisionero de Santa Elena; y, no bien murió éste, casóse con aquel oscuro soldado, que habia hecho su carrera peleando contra la Francia...

—«¿Qué me mandas, señor, al tiempo de dejarme?» le preguntó á un héroe griego su afligida esposa, en tanto que le ceñia la espada con que iba á rechazar á los enemigos de la patria.

—«Te mando (contestó el héroe) que, si muero y vuelves á casarte, elijas un esposo digno de mí, que te haga madre de hijos dignos de entrambos.»

La viuda de Napoleon murió en 1847, y en el mismo año volvió al trono de Parma la dinastía de Borbon, en la persona de don *Cárlos II*, hijo de la *Reina de Etruria*, el cual cedió el ducado de Luca á la Toscana.

Al año siguiente, don *Cárlos II* era arrojado de Parma por la Revolucion, y abdicaba en su hijo *Fernando-Cárlos III*.—Entró éste en sus Estados en 1849, donde reinó pacífica y prudentemente, si bien con el régimen absoluto, hasta el año de 1854, en que un jóven, impulsado á lo que se cree por odio particular, lo asesinó en el paseo público, en medio del dia, cuando sólo contaba el Príncipe treinta y un años de edad.

Por último: su viuda, nieta de Cárlos X, Rey de Francia, y hermana del pretendido Enrique V, Conde de Chambord, es la famosa *Duquesa de*

Parma (tan conocida en el mundo político) que ha gobernado aquí hasta el año pasado, en nombre del mayor de sus hijos, *Roberto I de Borbon*, nacido en 1848.

De esta Princesa elogian los mismos italianos las virtudes privadas y la templanza y el acierto con que ha regido á sus súbditos, asegurándose que sólo altas razones patrióticas (la necesidad de unirse contra el Austria, y el pensamiento de formar un gran reino con tantas flacas monarquías) han podido llevarlos á buscar otro Gobierno. — En cambio, no ha sabido conducirse dignamente en la desgracia, sino que ha hecho lo mismo que los antiguos Duques de Parma desposeidos por Napoleón I: ha mendigado un trono al César francés; ha reconocido y lisonjeado á un poder popular, enemigo nato del derecho divino; ha arrastrado por los suelos las lises de la casa de Borbon! — Esto se llama *no saber morir*. — Por odiosos que me sean los enemigos de la libertad y los verdugos de la Italia, yo aplaudiré siempre, aunque no sea más que en nombre de la unidad de acción, del interés dramático y hasta de la dignidad humana, á los vencidos que no se entregan: por ejemplo; al último Duque de Módena luchando en Solferino contra Napoleón III y contra la Italia. — ¡Siquiera allí habia consecuencia, habia lógica, habia sinceridad! — Cuando el pueblo ha fallado y condenado, el arrepentimiento de los reyes es tardío, y sólo puede contribuir á su mayor mengua. El arrepentimiento debe ser anterior al juicio. Después de la condenación, *nulla est redemptio*. — Los Borbones de Italia se han acordado de ser liberales y patriotas cuando ya no era tiempo. — La Duquesa de Parma debió conocer que, si no sus errores, los de sus parientes, amigos y aliados la habian perdido para siempre. — ¡Además, que su gobierno era absoluto, y se apoyaba cuando era menester en las bayotetas austriacas!...

Pero hémos ya dentro de la capital del Ducado. — Dejémos de historias; consignemos que la población, el territorio, el presupuesto y el ejército del Estado de *Parma y Plasencia* eran sobre poco más ó ménos iguales que los del de Módena, y describamos la antigua córte de los Farnesio....

Parma es una hermosa y alegre ciudad, de anchas, rectas y limpias calles, rodeada de muros, llena de antiguos palacios y buenas casas modernas, atravesada de Este á Oeste por la *Via Emiliana* (que se convierte aquí, como en Módena, en una especie de *boulevard*, con el nombre de *Strada-Maestra*), y cruzada de Sur á Norte por el río Parma, sobre el cual hay tres dilatados Puentes.

Siguiendo mi costumbre, he tomado un coche en la Estación, el cual no sólo me ha traído á la Ciudad, sino que me servirá en ella de albergue durante todo el día. En él va mi equipaje: en él escribo: él me llevará á ver todo lo notable que encierra la capital, y él me conducirá á la noche á cualquiera fonda en busca de mesa y cama. — Además de esto,

el cochero me economiza un *cicerone*.—Creo que no se puede simplificar más un viaje.

Parma está vestida de fiesta como Ferrara, Bolonia y Módena. Por todas partes banderas, músicas, letreros, alegría....—Parece ser que *Il Re Galantuomo* y *Garibaldi* vencen todos los días en el Sur de Italia, y que el Reino de Nápoles pertenece ya á la historia.—Yo no he politiqueado, sin embargo, aquí tanto como en Módena, sino que me he dedicado casi exclusivamente á las Bellas Artes.

Mi primera visita ha sido para la *Catedral*, vieja y de estilo lombardo como la de Módena. Las torres y la fachada se hallan todavía por concluir, y eso que la obra fué principiada en el siglo XII. Este templo es, sin embargo, célebre en todo el mundo, por encerrar una de las más grandes maravillas que ha producido el arte:—la *Cúpula* pintada por Correggio.

Este inmenso *fresco* representa la *Asunción de la Virgen*, asunto predilecto de los pintores de Italia. Todos convienen en que el triunfo de María no ha sido imaginado por nadie con tanta inspiración, con tanto fuego, con tanta gracia como por el maestro parmesano. En cuanto á mí, prefiero su *Asunción* á todas las que hasta ahora he visto; á la de Rubens, á la de Ticiano, á la de Perugino, á la de Caracci.

Correggio es el verdadero jefe de la escuela lombarda; pero, original é inspirado como ninguno, resume en sí las excelencias de otras escuelas. La vista de un cuadro de Rafael le reveló su genio: las obras de Ticiano le descubrieron los secretos del *color*: en Vinci admiró la gracia de la *forma*; en Miguel Angel la osadía y el poder del *dibujo*. El, por su parte, traía en el alma la noción de la luz y de la sombra, la magia del claro-oscuro, la intuición de los esplendores celestes. Con todos estos elementos, aspiró á pintar lo que nadie habia pintado hasta entónces: el color en la luz y el color en la sombra; la luz sobre la luz; las medias tintas de la penumbra; los crepúsculos misteriosos determinados por la distancia. El y Murillo son los únicos que han sabido copiar la luz sobrenatural de la Gloria, tal como la percibe el alma en éxtasis. Aquel mismo radioso ambiente en que flotan las *Concepciones* del Rafael andaluz, sirve de fondo á las inspiraciones de Correggio. También se parecen los dos en su afición á pintar niños, y en el amor, la gracia, la inocencia y la hermosura de que los revestían. Pero, dicho sea en verdad, Correggio no es tan místico, tan ascético, tan inmaterial como Murillo.—Para deslindar este punto, me bastará con describir la *Asunción*. Pero ántes, habiendo ya dicho cómo pinta Correggio, tengo que decir cómo dibuja.—Correggio evita siempre las líneas rectas: sus figuras no están nunca en *término* dado: el *escorzo* es su constante empeño. No se contenta con presentar una fase del cuerpo humano, sino el cuerpo entero, visto por todos lados. Yo no podré explicaros cómo lo consigue; pero lo cierto es que coloca las figuras de tal modo que la mirada gira en torno de ellas, como alrededor de una estatua.

La *Virgen* de la *Cúpula* de la *Catedral*, por ejemplo, va acostada en-

teramente sobre un lecho de nubes, de cara al cielo. Diríase que está pintada para vista, no desde la tierra, sino desde la Gloria; para contemplada desde arriba, no desde abajo. —Desde abajo sólo debería verse la nube en que va tendida, ó cuando más su túnica flotante y su cabellera de oro. —Pues bien: lo mismo desde el Altar Mayor que desde lo alto de la Cúpula (adonde he subido), se ve toda la figura de María; se ve su cara; se ven sus ojos; se ve de frente y de espaldas; como si se levantara alejándose de vos, y como si se os acercara al mismo tiempo; como si estuviérais esperándola en el cielo y la viérais subir en vuestra busca. —¡Y qué mirada; qué leve sonrisa la suya! ¡Qué boca entreabierta! ¡Qué ojos, anegados en amor y alegría! ¡Qué fuego en su actitud!... ¡Es la primera vez que estalla el júbilo de la que habia sufrido tanto! —Allá en el éter, en medio de una luz que no es de este mundo, se ve un ejército de Arcángeles, de Querubines y de Santos que sale á recibirla. De los Querubines sólo se distinguen las inspiradas cabezas entre nubes de ópalo y rosa. Los Arcángeles se hallan más próximos con las alas estendidas. Entre los Santos se destacan los Apóstoles, los amigos de la Madre de Jesús. —Los Angeles, esto es, un tropel de niños alegres y graciosos, sostienen á María; empujan la nube que le sirve de carro triunfal; rompen el aire, como abriéndole camino... ¡Este es su acompañamiento! ¡Con aquellos inocentes ha hecho el viaje de la tierra al Cielo! ¡Y cuán ufanos van ellos con su Reina y Madre! ¡Con qué entusiasmo y regocijo tocan instrumentos y bailan en derredor suyo, la aplauden palmoteando, la requiebran, levantan por alto inútiles antorchas, queman perfumes, esparcen flores... —Es una explosion de gozo, de caridad, de bienaventuranza, que no tiene rival en la historia del arte. —Hay quien dice que, más que el místico triunfo, aquella pintura es la *apoteosis* de María. —Tal vez sea cierto, y por eso he establecido yo la comparacion entre Correggio y Murillo.

Desde la *Catedral* me he venido al *Palacio Ducal*, donde escribo estas hojas de mi cartera y donde me pasará toda la tarde; pues aquí se hallan reunidas las demás cosas célebres é ilustres que encierra *Parma*. —Porque habeis de saber que el *Palacio Ducal* es una coleccion de edificios que comprende: la *Regia Morada* de los antiguos Duques, el famoso *Teatro Farnesio*, la *Academia de Bellas Artes* (renombrada en toda Europa por las obras maestras de Correggio que aún adornan sus muros), los *Archivos*, la *Biblioteca*, el *Museo de Antigüedades*, y finalmente, el vasto y frondoso *Jardin Ducal*, que sirve de *Paseo Público*.

Una vez dentro de aquel laberinto de construcciones, diríjome á la *Academia*, en busca de una celebérrima obra de Correggio que hace mucho tiempo deseo admirar. —Tal es su famoso lienzo, conocido con el nombre de *San Gerónimo*, llamado así, no porque este Santo sea la figura principal del cuadro, sino por lo admirablemente representado que se ve en él al insigne Autor de la *Vulgata*.

La figura principal de la composición es la Virgen con el Niño Jesús, al cual le besa los pies la Magdalena, mientras que un Ángel le muestra un libro abierto y San Gerónimo lo contempla con indecible amor.—Este cuadro, radiante de luz y de vida, se llama generalmente *el Día*, en contraposición á otro que pintó el mismo Correggio, y que fue denominado *la Noche*, por la suprema inteligencia de las *sombras* que en él demostró el artista.—(*La Noche* (ó sea *la Natividad*) se encuentra en el Museo de Dresde).—Como en todos los cuadros de Correggio, lo que más sorprende en *el Día* es la silueta de una luz sobre otra luz y de la carne sobre la carne; el gran movimiento y vida de las figuras; la belleza de las formas... á pesar de ser algo *aflamencadas*, y la riqueza y la armonía del color, que parece una descomposición *natural* de los rayos solares.

Esta *Academia* encierra otras obras notabilísimas del mismo autor, entre las cuales merece especial mención la *Madonna della Scodella*, interesante episodio de la Huida á Egipto.

En la *Biblioteca* veo unos magníficos *grabados*, que se están haciendo ahora, de todas las pinturas de Correggio que hay en *Parma*, y su hermosísimo fresco, *la Incoronata*, cuidadosamente trasportado á este lugar desde una ruinosa iglesia.

De vuelta en la *Academia*, contemplo el busto de la segunda esposa de Napoleón, esculpido por Canova; un *Apostolado* de nuestro Ribera, que no vale ni con mucho lo que el que tenemos en Madrid; un *Jesús Nazareno* de Ticiano y un *Viejo* de Murillo, pálidos vislumbres del genio de estos artistas; y una *Madonna* del inimitable *Francia*, cuya celestial belleza excede á toda ponderación.

La falta de luz (pues el sol empieza ya á declinar) me obliga á salir de la *Academia*.—Ninguna hora más á propósito para visitar el *Teatro-Farnesio*.

El *Teatro-Farnesio*, que como dejo dicho, forma parte del *Palacio Ducal*, es el coliseo más grande del mundo. Fué edificado á principios del siglo XVII, y en él se han dado espectáculos de todos géneros (hasta simulacros de combates navales), en presencia de muchos reyes y emperadores.—Todo el edificio es de madera, así como las *Estátuas colosales* que lo adornan.—Hoy empieza ya á arruinarse tan gigantesca máquina.

¡Y cuán melancólico aspecto ofrece á la consideración del viajero esta costosa y magnífica obra, levantada para templo del bullicio y la alegría, abandonada ya para siempre, sepultada en el silencio de lo pasado, entristecida por la soledad de las tumbas, como los tiempos y las generaciones que fueron testigos de su grandeza!—Las vacilantes esculturas, las tablas hendidas, los adornos desprestigiados, el anfiteatro que se hunde, todo gesticula y se descompone, como trabajado *por la vida de la muerte*. La vaga y confusa luz de la tarde, penetra dudosamente por las rotas ventanas y apollillados techos, dando una fisonomía fantástica al empolvado y desvencijado edificio, y haciéndole asemejarse á un descomunal esqueleto,—al esqueleto de la antigua *Parma*!

Cuando dejen el Teatro y salgo á la calle, todavía no es de noche.

El cochero me brinda con un paseo por el *Stradone*, —donde á esta hora, dice, se reunen todos los paseantes de la ciudad,—y yo acepto.

El *Stradone* es una magnífica arboleda, situada al Sur de *Parma*, entre la *Ciudadela* y el *Jardin botánico*.

En él encuentro solamente cinco ó seis coches cerrados, al través de cuyos cristales percibo algunas encantadoras cabezas, que brillan como pasajeros meteoros en el cielo de mi vida.

La tarde está muy fria, pero diáfana y apacible.—Los coches giran aceleradamente alrededor de esta especie de *Bosque de Boloña*, ó de *Fuente Castellana*; hasta que muy luégo el crepúsculo se apaga sobre las cumbres del Apenino, teñidas de color de violeta.

El paseo se va quedando solo...—Ya no hay más coche que el mio.—Esto me pone melancólico.—Hace diez y ocho dias que vago de ciudad en ciudad, sin encontrar un español. Hace cuatro dias que no resuena en mis oídos la lengua patria. Desde que me despedí del prusiano, no he vuelto á decir «usted,» ni nada de lo que he pensado.—Decididamente estoy muy triste.—Hablar idiomas extranjeros equivale á vestir las ideas de máscara.—¡No puedo más!

¡Y, sin embargo, ahora tengo que ponerme á buscar un techo bajo el cuál pasar la noche; una luz que sustituya á la que se extingue en el ocaso; una mesa en qué hacer la triste y solitaria colacion del caminante; un hogar comprado, que mañana prestará su calor á otro peregrino; una cama que desconozco y que desconocerá mis sueños!...—Repito que no puedo más.

El *Albergo della Croce Bianca*, donde me he alojado, hospeda tambien esta noche á no sé qué General recién llegado de Nápoles.

Una inmensa muchedumbre inunda el patio, las escaleras y los corredores que he atravesado para venir á mi cuarto.

En el patio hay una música militar, que toca himnos y walses en tanto que el General come.

La multitud aplaude los himnos, gritando al mismo tiempo: ¡*Viva Italia!*

Algunas mozelas de buen humor bailan los walses á la puerta del *Albergo*.

Yo hago colacion entre tanto en un vasto salon lleno de largas mesas, á las cuales están sentados en dobles filas más de cien parroquianos ó pasajeros, casi todos militares.—Cada uno pide por su cuenta; pero todos comemos lo mismo.—La lista de los *albergos* y *trattorias* de esta parte de Italia es muy limitada y siempre igual. En Pádua, Ferrara y Módena, lo mismo que aquí, el *menu* se compone siempre de *brodo*, *menestra*, *manso*, *cervello*, *formaggio é frutti*, ó sea de caldo, legumbres, buey, sesos, queso (estamos en la tierra de uno muy famoso) y frutas.—El vino de *Reggio* es excelente.

Despues de comer voy al *Teatro Nuovo*, que es de primer órden, edificado durante el gobierno de la viuda de Napoleon.

París no tiene teatros tan bellos y cómodos como los de estas pequeñas Córtes de la *antigua no-Italia*.

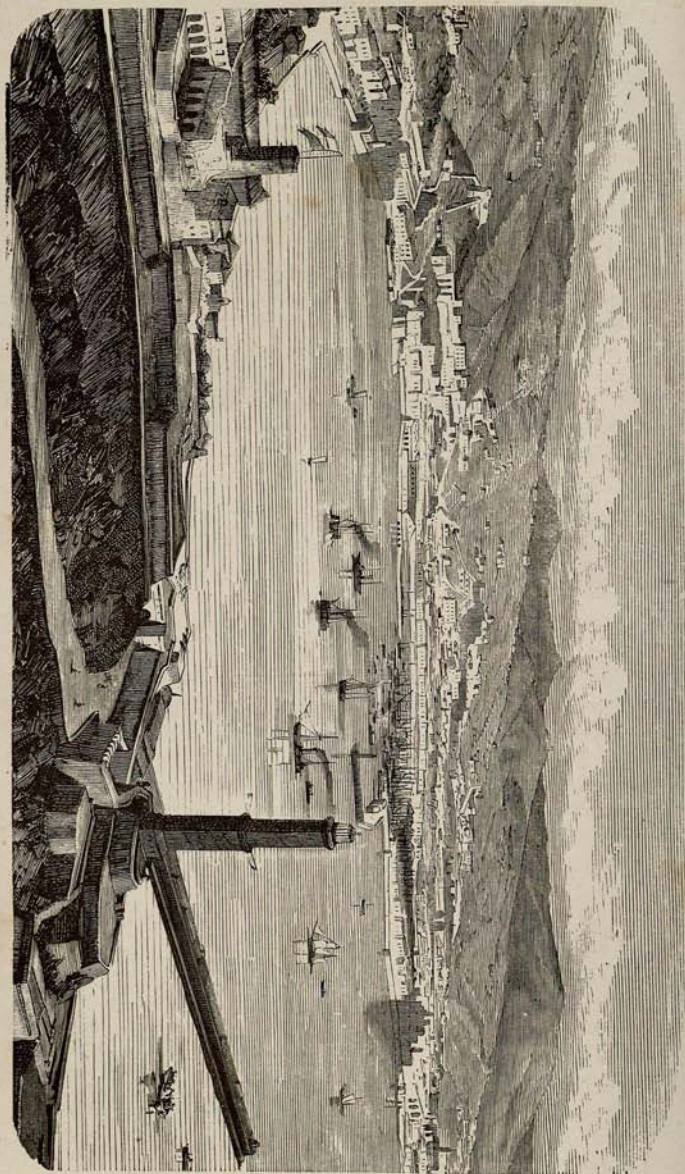
En el que visito ahora se representa un drama muy patriótico, titulado: I CARBONARI *owero* SILVIO PELLICO, cuya obra es una segunda edicion ó plagio del *Daniele Manin* que ví en Milan.

La sala está muy concurrida y bien alumbrada.—Por lo demás, el mismo entusiasmo, las mismas declamaciones que anoche en Módena.

Decididamente, estos pobres italianos no saben lo que les pasa!—¡Quiera Dios que tanto patriotismo no se evapore en gritos y en aplausos!—Yo preferiria encontrarlos sérios y tranquilos como ví á los piemonteses.—El porvenir de la nueva Italia depende ahora de la virtud, de la cordura, de la abnegacion, de la concordia, de la laboriosidad de sus hijos: no de ociosas manifestaciones de entusiasmo y alegría; no de vítores y canciones; no de estériles alardes de liberalismo.

Conque vámonos al *albergo*; que mañana hemos de madrugar, á fin de coger el tren-correo que sale á las siete para *Génova*...; es decir, para otra antigua Nacion de las que componen la resucitada Italia.





VISTA DE GÉNOVA.

LIBRO OCTAVO.

GÉNOVA.

I.

ENTREACTO.—EL AUTOR HACE NOVILLOS Y SE VUELVE Á TURÍN.—VISITA AL CONDE DE CAVOUR.—TEATROS.—VIAJE Á GÉNOVA.—UN FERRO-CARRIL EN LOS APENINOS.

Génova 8 de diciembre.

Hace más de quince días que salí de Parma con dirección á *Génova*, á donde pensaba llegar á la mañana siguiente, decidido á embarcarme en seguida para Liorna.

Pero el autor pone y el hombre dispone.—Hasta esta mañana no he llegado á *Génova*, y todavía no he visitado la Toscana.

—«Pues ¿y esos quince días? me direis. ¿Dónde los has pasado? ¿Cómo has tardado medio mes en un viaje que debiste hacer en seis horas?»

Esto sería largo de contar; pero yo os lo indicaré en pocas palabras.

Es el caso que aquella mañana (la mañana siguiente á la noche que pasamos en el teatro de Parma) amanecí muy más triste que me había acostado, lo cual no me impidió tomar el primer tren y salir con dirección á *Génova*, adonde esperaba llegar á la una y media de la tarde...

De Parma á Alejandría todo fué perfectamente. Crucé á la vista de Plasencia (*Piacenza*), triste y solitaria capital de otro antiguo Ducado; vi á lo lejos el sitio en que existió *Veleya*, ciudad importantísima, sobre la cual se hundieron hace mil y quinientos años los vecinos montes, sepultándola completamente con todos sus habitantes; y por último, llegué á *Casteggio*, en donde el camino empezaba á serme conocido, por haberlo

andado, como recordareis, cuando hicimos el viaje de Turin á Milan pasando por Pavía.

Una vez en *Aleandria de la Paja*, el tren hizo alto durante media hora, que yo pasé sentado á la misma mesa en que almorcé veinte y tres dias antes.

¡Hallábame á dos horas de *Turin!*...—En *Turin* habia españoles y tenia amigos...—y ya os dije en Parma que estaba cansado de viajar solo y de no hablar el idioma patrio.—Por otra parte, un antiguo y excelente camarada mio, de quien ya he hablado otra vez (don José del Saz Caballero, el compañero de viaje, ó sea el amo del marroquí *Jussuf*), me habia escrito desde la capital del Piamonte (adonde habia llegado despues que yo partí) diciéndome que pensaba ir á Florencia y Roma y que se alegraria de que hiciésemos juntos el viaje, para lo cual me pedia razon de mi itinerario, prometiéndome salirme al encuentro cuando menos lo pensara...

Ahora bien: Caballero estaba todavía en *Turin* esperando mi contestacion.

—¿Por qué no he de llevársela yo mismo? (me dije entonces). ¿Qué me importan dos horas más de viaje? ¿No deseo tanto verme entre compatriotas? ¿No tengo necesidad de un compañero, de un amigo? Pues en *Turin* me lo depara Dios!—Yo le avisaria por telégrafo..., diciéndole que le aguardo en *Génova*... Pero ¿y si tarda? ¿Qué voy á hacerme allí solo?—¿Y mis otros amigos de *Turin*? ¿Y Duro? ¿Y la Roca? ¿Y Campredon? ¿Y Escalante?—(El señor Coello habia protestado en nombre de España contra los recientes sucesos, y partido á Madrid con su familia).

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando ví sobre la mesa la *Gazzetta di Torino*.—En aquel periódico se anunciaba que la célebre actriz *Adelaida Ristori* llegaria á *Turin* aquella misma tarde, de paso para Rusia, y que antes de partir daria dos representaciones en el *Teatro-Carignano*.

Esta última noticia acabó de decidirme.—¿Yo no encontraria solamente en la *Ristori* á la inspirada artista de quien soy fanático admirador, sino tambien á una noble y antigua amiga, que estimo mucho, y á la cual no habia visto desde 1857!—Dejé, pues, marcharse el tren de *Génova*; entré en otro que salia en aquel mismo instante con direccion contraria, y dos horas despues me hallaba á las puertas de *Turin*.

Como ya os he descrito aquella Ciudad, pasaré muy de ligero sobre mi segunda estancia en ella.

Sólo os diré que, durante dos semanas, he cambiado un poco de vida y de equipaje; he dejado el estudio de pinturas y de estatuas por el trato y comunicacion con gentes de carne y hueso; he vivido en la sociedad; me he divertido mucho; he hablado español hasta por los codos, y he visto representar á la *Ristori* la *Fedra* y la *Medea*.

La eminente actriz sigue digna de su fama, y los turineses la han

oído con verdaderos trasportes de entusiasmo.—A estas horas se encontrará ya en San Petersburgo.

Tambien he tenido el honor de hablar con el *Conde de Cavour*, á quien me ha presentado nuestro Encargado de negocios.—El conde de Cavour, cuya figura os he descrito ya, es tan sencillo y apacible en su trato como en su aspecto y en sus costumbres. Difícil seria hallar una afabilidad como la suya en otro hombre de su importancia y de su celebridad. La mansedumbre de su palabra y el agrado y la paciencia con que escucha á sus interlocutores, tienen algo de frívoluno, y perdonadme la expresion. Se ve que el grande hombre de Estado ha formado ya un juicio inapelable acerca de las cosas y las personas, y que va derecho á su fin, sin gastar pólvora en salvas.

Nuestra conversacion ha girado sobre la actitud de España en presencia de los hechos que se cumplen en Italia, y el señor Conde ha sabido distinguir y separar la causa de nuestro gobierno de la causa nacional; la causa nacional de la causa de los partidos; y la causa de los partidos de la causa de la dinastía.—Yo no olvidaré nunca estas frases, resúmen y compendio de todo lo que me dijo el presidente del Consejo de Ministros de Víctor Manuel.—«Si en vez de nacer yo en esta península hubiera nacido en la vuestra, y hubiese llegado á ser allí lo que soy aquí, habria seguido la misma política que estoy siguiendo. La causa de los españoles es la misma que la de los italianos. Tenemos intereses y enemigos comunes. El malestar de Italia era más apremiante, y por eso hemos principiado nosotros. Ya nos seguireis con el tiempo.»

Asimismo he tenido el gusto de asistir al estreno de una ópera nueva, titulada *Victor Pisani*.—La música era de un tal *Aquiles Peri*.—El éxito fue desgraciadísimo.

En cambio he aplaudido de todas veras en el teatro Alfieri al famoso actor *Módena*, el primer trágico de Italia.—Representaba la *Claudia* de Jorge Sand.—El pobre está muy viejo.

La buena sociedad turinesa, que empezaba ya á volver de sus expediciones campestres, se reunia por lo regular en el teatro *Carignano*, donde la *Salvioni* seguia bailando la *Esmeralda*.

Pero mi espectáculo favorito en *Turin* ha sido la magnífica coleccion de fieras del célebre *Mr. Charles*, establecida en sólidas jaulas en una plaza del *Borgo nuovo*.—Los rugidos de los leones se oian en todo *Turin* durante el silencio de la noche, y rara ha sido la mañana que no he ido á ver al domador darles de comer y enseñarles algunas habilidades.—Entre los animales más bellos y terribles de que me ha hecho amigo el amabilísimo *Mr. Charles*, figuraban tres leones (uno de ellos árabe, digno de acompañar á San Gerónimo); dos leonas; un hermoso tigre de Bengala sumamente grande; un oso blanco y otro negro, que se aborrecian de muerte; un elefante enorme, pero muy tratable y afectuoso, y la familia de monos mas divertida y malvada que he conocido en parte alguna.

—«Los leones se doman por hambre (he pensado yo allí), y el ham-

bre no consiguió domar á los habitantes de Numancia.—Hacen, pues, mal los poetas en comparar con el leon al hombre fuerte.»

Ni han quedado aquí mis *paralelos* entre los irracionales y la raza humana.—La honradez del elefante, la sagacidad y los vicios del mono, la ferocidad del tigre, la hipocondria de la hiena, la ternura imbécil del oso, la abnegacion sublime del perro, y otros muchos afectos, instintos y hasta pasiones que he estudiado detenidamente en la vida privada de la compañía de *artistas* que enriquece á Mr. Charles, me han dado asunto para todo un libro, que escribiré con el tiempo, cuando haya completado y madurado mis ideas acerca de los que llamamos brutos.

Por las tardes, he admirado desde la *Plaza de Armas* el magnífico y siempre nuevo panorama de los Alpes, cubiertos ya de nieve hasta su anchurosa falda.—¡Cuántos y cuántos sitios de los que yo recorrí en octubre son ahora inaccesibles, ó han desaparecido bajo masas enormes de nieve y hielo!

Finalmente, hoy, dia de la Concepcion, he sacudido la pereza y el irresistible hechizo que me retenian en una ciudad tan monótona y triste, al decir de algunos, y tan agradable y deliciosa, en mi opinion, como la capital del Piamonte; y, acompañado de mi amigo Caballero y de *Jussuf*, del inimitable Jussuf, he reanudado mi peregrinacion, firmemente resuelto á pasar la Noche-Buena en Roma, despues de haber recorrido la Toscana.

Del camino que enlaza á Turin y *Génova*, ya conoceis la mitad, ó sea hasta *Alejandro*.

Al llegar por *tercera vez* á aquel centro estratégico de mis viajes por la Alta Italia, saludé el vasto horizonte que se dilataba á mi izquierda.—Por allí me habia alejado cuarenta dias antes: aquel cielo cobijaba á Pavia, á Milan, á Verona, á Venecia, á Pádua, á Ferrara, á Bolonia, á Módena, á Parma... ¡á tantas y tantas ciudades como habia recorrido solo y triste; pero cuyo recuerdo me era ya tan grato!—Esta vez dejé partir el tren que iba á atravesar en breves horas aquellas ciento veinte leguas de amenos campos y de maravillas de arte, y seguí hácia el Mediodía en el mismo coche que me sacó de Turin.

Pronto pasamos por *Novi*, rica ciudad, á cuyas puertas fueron vencidos los franceses en 1799, es decir, cuando ya empezaban á acostumbrarse á vencer á todo el mundo.

A pocas leguas de Novi, el camino de hierro principió á engolfarse en los *Apeninos*.—¡Al fin iba á atravesar aquella azulada cordillera que habia estado viendo constantemente á mi derecha cuando recorria la Via Emiliana!

Al llegar á *Arquata*, encontramos ya cercados por los Montes, cuyas más altas cimas se levantaban delante de nosotros como cerrándonos el paso.—Desde *Arquata* á *Génova* sólo hay siete leguas; pero estas siete

leguas puede decirse que constituyen el espesor de un muro de granito, al través del cual tiene que abrirse camino la locomotora.

Los trabajos practicados para salvar tan enorme obstáculo son verdaderamente admirables. El camino de hierro es una sucesion de largos túneles, de terraplenes inmensos, de fabulosos desmontes, de puentes atrevidísimos, de viaductos ciclópeos, de edificaciones de titanes. ¡Y cuán bellas, cuán sorprendentes son todas estas obras en el seno de una salvaje naturaleza; entre peñas y árboles, bajo nieves eternas, sobre torrentes impetuosos, al lado de abismos, en los flancos de descomunales rocas, en el corazon de gigantescas montañas!—Para vencer de esta manera la tenaz resistencia del áspero *Apenino*, diríase que el hombre ha dispuesto del terremoto.—Atlas y Hércules no hubieran bastado á tamaña empresa.

Despues de haber admirado los Alpes, encuéntranse pequeños los panoramas del Apenino. Sin embargo, son sumamente pintorescos, aunque por un estilo diferente. Los Alpes, con ser más *abruptos* y poderosos y estar cubiertos de un eterno sudario de nieves, ostentan no sé qué aire risueño, inocente, feliz; no sé qué paz y alegría; no sé qué luz gozosa que aleja todo terror del hombre que vaga por sus más ocultas soledades. Los Apeninos, hijos de los Alpes, son tristes y severos, oscuros y misteriosos. En ellos, más que la solemne melancolía y augusta soledad de las grandes eminencias, se advierten los tormentos de un corazon trabajado por hondas convulsiones. Los Alpes nos muestran su frente encanecida que se levanta al cielo, libre ya de todo recuerdo de la tierra. Los Apeninos nos dejan ver sus desgarradas entrañas, palpitantes de miedo y de dolor. Aquellos son como un anciano feliz: estos, como un jóven sin ventura ni esperanza. Los Alpes representan un edificio levantado por todo el poder de la naturaleza. Los Apeninos, las ruinas de una comarca, los resultados de un cataclismo espantoso, la obra de la destruccion.

Volviendo al camino de hierro, enumeraré rápidamente los trabajos que más llaman la atencion en él.

El primer *túnel* que se encuentra es el de *Pietra Bissara*, de 682 metros. Luego se pasa una garganta estrechísima entre dos montañas casi verticales. Para cruzar aquel barranco, ha sido menester levantar una altísima calzada de 300 metros de longitud, sobre el lecho mismo de un torrente, y hacer luego un *punte* de cincuenta metros de luz, á fin de saltar de una montaña á otra.—En seguida se repiten los *viaductos* y llegan tres *túneles* sucesivos, uno de 838 metros, otro de 440, el tercero de 708, enlazados por temerarios *puentes*, que conducen á la famosa *Galeria dei Gíovi*. Esta galería ó túnel tiene cerca de una legua de largo y se balla construida á 4,200 pies sobre el nivel del mar.—Cuando se sale de ella, empieza á bajar el terreno; pero tan rápidamente, que no se conoce otro ferro-carril de una inclinacion semejante.—Y es que en aquel punto se encuentra ya el tren á muy poca distancia de *Génova*; pero á una grande altura sobre esta ciudad.

Así es que al salir de un último *túnel* de 714 metros, se abre el horizonte, y se halla uno con *Génova* y el mar debajo del camino; pero tan próximos y tan distantes al mismo tiempo, que no se comprende como podrá el convoy llegar á la ciudad, si no se hunde por escotillon.

Y lo que sucede es que el ferro-carril traza entonces una amplia curva en torno de los monículos en que se asienta *Génova*, pasando por encima de los tejados del Barrio *delle Grazie*, hasta que al fin logra encontrar acceso en la Ciudad de los Doria por su extremo occidental.

II.

VISTA DE GÉNOVA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.—CRISTÓBAL COLON.—PASEOS POR LA CIUDAD.—LOS GARIBALDINOS.—UNA MANIFESTACION PACÍFICA.—ME EMBARCO PARA LA TOSCANA.

La gran vista de *Génova*, dicen, es la que se goza cuando se llega por mar á su magnífico Puerto.—Ya tendremos nosotros ocasion de contemplarla de este modo, cuando regresemos del viaje que vamos á emprender al Mediodía.—En cuanto al panorama que ofrece la Ciudad á los que llegan por tierra, es tambien sumamente bello, á lo ménos para mi gusto.

Desde que se empieza á salir de las cordilleras del Apenino, esto es, poco más de dos leguas ántes de entrar en *Génova*, principian á aparecer por todas partes, así en las cumbres de las colinas, como en las verdes soledades de los barrancos, hermosísimas *Casas de recreo*, pintadas de los más vivos colores, *Palacios campestres*, graciosas *Quintas*, *Aldeas* enteras, compuestas de jardines y soberbios edificios...

Todas estas viviendas, diseminadas en las suaves estribaciones de los montes, sirven de refugio á la aristocracia genovesa en la estacion del calor.—La mayor parte de aquellas *villas* tienen pintadas al fresco sus cuatro fachadas, con figuras, y hasta composiciones, que producen el más singular efecto en medio de los pomposos árboles, de las rocas y de las aguas despeñadas.—Es la primera vez que he visto la pintura asociada á la agreste naturaleza.

Para llegar á la Estacion, término del viaje, se pasa por túneles abiertos debajo de algunos palacios y por encima de los techos de humildes casas. Desde aquellas alturas se ve la capital de la antigua Liguria, escalonada en anfiteatro entre el Mar y el Apenino; apretada por las murallas y las olas; semejante á las ruinas de un inmensurable circó de mármol. La *arena* de este circó es el Puerto, casi cerrado, dentro del cual se ven millares de buques de todas las naciones del mundo. Detrás de los dos *espigones* del muelle se perciben las extendidas aguas del golfo.

Una vivísima luz, un esplendente cielo, una infinidad de jardines entremezclados con las casas, y un aire tibio y aromoso, en que apenas se perciben las salobres emanaciones del mar, revelan al viajero que se halla en una de esas ciudades del Mediodía de Europa, que reflejan algo del

opuesto litoral africano; en una Málaga, en una Marsella ó en un Nápoles; en un pueblo levantisco, en fin, animado por el comercio, enriquecido por las olas, amigo, sino dueño, de otras muchas poblaciones marítimas situadas en apartados mares, como lo fueron Pisa, Venecia y Cádiz y los antiguos puertos fenicios y cartagineses.

Y, al mismo tiempo que la fisonomía material de Génova, veis, con los ojos de la imaginación, su fisonomía histórica.—La Ciudad en que entráis es *Génova la Soberbia*, emporio del comercio durante muchos siglos;—que compartía el dominio de los mares con Venecia y Pisa, y las combatió y las venció;—la que llevó á los Cruzados á Oriente;—la que ganó tierras y estableció colonias en el Archipiélago griego, en Crimea, en el mismo Bósforo;—la de las revueltas y conmociones populares, inquieta siempre por su libertad;—la que cambió cien veces de forma de gobierno, ensangrentandó un día y otro sus plazas y sus calles, y sufrió el yugo extranjero con la misma facilidad que lo rompió entre sus manos, segun le pareció mejor á sus inconstantes hijos;—la de aquellos *Dux* (no ménos gloriosos que los de Venecia) que se llaman *Simon Bocanegra*, *Adorno*, *Fregoso*, *Montalto*;—la de los *Doria*, *Fieschi*, *Grimaldi* y *Spinola*, patricios ilustres, famosísimos guerreros por mar y tierra, entre los que se cuenta el insigne *Andres Doria*, acaso la primera figura de su siglo, y eso que vivió en el siglo de los grandes capitanes...:—*Génova*, en fin, la patria de Cristóbal Colon,... ¡título el más grande que tiene á la veneración y al amor de los españoles que la visitan!

¡Cristóbal Colon!—La primera cosa que vimos al entrar en la ciudad (en una pequeña Plaza que se encuentra al salir de la Estación del ferrocarril) es un *Monumento* —empezado hace muchos años y que ahora se trata de concluir—en honor del infortunado y sublime descubridor del Nuevo-Mundo.

Al votar la Ciudad de *Génova* este público testimonio de admiración al más ilustre de sus hijos, ha dado una prueba de noble abnegación;—pues el descubrimiento de América acabó por ser tan perjudicial á los genoveses como ántes lo había sido á los venecianos, segun hemos dicho en otra parte. El señaló la hora de la decadencia de las Repúblicas comerciales de Italia; él arruinó el tráfico de Oriente; él empobreció á los navegantes que iban á Constantinopla y á Alejandría á esperar las caravanas cargadas con las riquezas de la India. La aparición del Continente Americano, verificada bajo los auspicios de la Nación española y coincidiendo con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, despobló de naves el Mediterráneo, y dió suma importancia á Cádiz. —«¡*Plus ultra!*» exclamaron todos los pueblos de Europa, lanzándose al Occidente...

¡Y, sin embargo, Génova tributa homenajes y alabanzas y erige monumentos á su inmortal hijo!—Entre tanto, España, que debió un mundo al peregrino de la Rápita; que le debió la mayor gloria que ilustra los anales de pueblo alguno; que le debió tantas riquezas, tanto esplendor y tanto poderío, no ha levantado todavía una estatua, una sencilla piedra,

un testimonio material de su gratitud y su admiracion á aquel grande hombre!—¡Verdad es que ya le pagó en vida tantos beneficios, cargándolo de cadenas y encerrándolo en una prision!!—¿Qué mayor recompensa que el martirio para el bienhechor de la humanidad? ¿No habia echado él sobre sus hombros la Cruz de Cristo y la habia llevado de un Continente á otro? ¿No lo proclamaba asi al escribir su sagrado nombre:—*Xpo. ferens?* ¿No mendigó el pan del sustento ántes de redimir un mundo? ¿No fue tenido por loco? ¿No lo escarnecieron los escribas y fariseos de la ciencia? ¿No lo *negaron* sus compañeros la víspera de su gloria? ¿No lo crucificó la ingratitud?—¡Pues á fe que no lo hemos desconocido! ¡En verdad que lo hemos tratado como á quien era!—¡Dios lo queria para sí, y nosotros lo purificamos en el purgatorio de nuestra injusticia! ¿Qué importa que no le levantemos estátuas en la tierra, si le hemos dado un trono en el cielo? ¡Oh hidalga España! ¿Cuándo será que tu noble orgullo se traduzca en obras? ¿Cuándo recobrarás el concepto de tí misma?

.

Génova me ha recordado mucho á la Venecia *terrestre*. Las mismas callejuelas oscuras, moriscas, formadas por altísimos Palacios; la misma suntuosa arquitectura, aunque de diferente estilo; los mismos puentes, las mismas escaleras para ir de una calle á otra; igual acumulacion y superposicion de edificios; idéntica abundancia de mármoles.

Ya os he dicho que la Ciudad, está construida en anfiteatro; y de tal manera es esto cierto, que hay en ella calles que se cruzan en el aire; otras que suben desde la orilla del mar á una inmensa altura; Palacios escondidos entre miserables viviendas; salones edificadas allá en las nubes, en los que se ven relucir por la noche lujosos dorados, al fulgor de las bujías, miéntras que resuena en ellos el compás de la música y del baile, y se ven cruzar voluptuosas figuras al través de las artísticas ventanas...—Durante el dia, la animacion de la ciudad es extraordinaria. (Ya supondreis que en esto no sigue pareciéndose á Venecia). Los genoveses son alegres, decidores, entusiastas.—Las mujeres se parecen á todas las hijas del Mediterráneo: gracioso andar, talles esbeltos, morenos rostros muy descoloridos, noble perfil, hechiceras miradas... hé aquí sus principales caractéres, propios de Venecia como de Málaga, de Marsella como de Valencia.—Casi todas llevan una toca ó mantilla blanca, llamada *mezzaro*.—El *mezzaro* de las poca acaudaladas es de percal, vistosamente floreado de vivísimos colores.

La poblacion de *Génova* (140,000 almas) cabe apenas en el reducido perímetro de la ciudad. En los hombres del pueblo se advierte una díscola soberbia, impropia de los italianos. Hoy, sin duda por ser dia de la Concepcion, habia una infinidad de gente ébria en todas las calles y plazas. Esta gente cantaba, bailaba, jugaba y se divertia de mil modos, sin incomodar á nadie; pero como si supiera tambien que nadie se atreveria á incomodarla.

Dentro de *Génova*, como en sus afueras, casi todas las casas están pintadas de fuertes y variados colores; las unas de rojo, las otras de verde; estas de azul, aquellas de amarillo. Las portadas que más abundan son las platerescas y las salomónicas. En muchas fachadas se ven además extensos frescos, colosales estatuas de los antiguos señores que allí moraron, ó abultadas cariátides que exhiben su desnudez á los transeuntes. También hay muchos Jardines; y, como en Granada, se ven árboles y flores encima de los balcones y azoteas y hasta en los tejados.—Esto último depende de una ilusion óptica, y consiste en la disposicion de la ciudad, escalonada sobre los erguidos montes.

La proximidad de Carrara se revela en la profusion con que se ha empleado en *Génova* el más rico mármol blanco.—Encima del Muelle hay una gran *Muralla* de doce metros de espesor, de la que pudiera decirse que lo que allí se ha construido es una cantera de precioso mármol.—Dudo que exista en el mundo una muralla tan lujosa y bella. Su plataforma sirve de paseo público. Desde aquel extenso balcon se domina todo el Puerto, y se tienen casi al alcance de la mano los millares de buques surtos en él.

Génova ha recobrado su antigua importancia marítima desde que se unió al Piamonte en 1814. El camino de hierro la ha hecho el Puerto de *Turin*.

La calle más notable de la ciudad es la *Strada Nuova*, formada por dos hileras de magníficos *Palacios*, debidos casi todos al célebre arquitecto Galeazzo Alessi, el restaurador de *Génova*.—La *Strada Nuova* es en *Génova* lo que el *Canal Grande* en Venecia.

En medio de esta suntuosa calle se encuentra el *Municipio*, antiguo *Palacio Doria*, uno de los muchos que esta ilustre familia levantó en su ciudad natal.—En el portal del *Municipio* hay varios *frescos*, que ántes adornaban el Palacio Grimaldi. Entre ellos ha llamado vivamente mi atencion uno que representa la *Llegada de don Juan de Austria á Génova...* (creo que despues de la batalla de Lepanto), y la obsequiosa recepcion que le hacen el dux Grimaldi y el Consejo de la República.

Arriba, en el *Salon de Sesiones* del que nosotros llamaríamos *Ayuntamiento*, he visto, con la emocion que podreis imaginaros, un *Busto* de Cristóbal Colon, levantado en frente de la Presidencia. En el basamento que sostiene el Busto hay una *puertecilla de plata* sobredorada, que se abre con tres llaves. Allí se conservan *tres cartas* en español, escritas por el descubridor de América, y el original de los *Privilegios* dados al mismo por los Reyes Católicos. En él he visto las firmas de Isabel y Fernando y el *Escudo de armas de Colon*, tal vez el primero que se dibujó para la ilustre familia que principiaba en él. En uno de los cuarteles hay un grotesco y numeroso Archipiélago y luégo una costa de Tierra Firme...— ¡Sí, sí! ¡Eso fue, ingratos y celosos reyes! ¡Tales eran sus conquistas!... ¡Todo un mundo!— ¡Y ese mundo no llevó su nombre; y esos privilegios

que le disteis, se los quitásteis despues: y esas mismas firmas con que lo agasajábais tanto, autorizaron al fin la órden de su encarcelamiento!

Despues del *Municipio*, he visitado el *Palacio Ducal ó de la Ciudad*, asiento hoy de la Policía, construido en 1262 por el abuelo de Simon Bocanegra y reedificado en 1778.—Allí moraron todos los *Dux* de la antigua República genovesa.

Luégo he ido (atravesando toda la poblacion) al célebre *Palacio de Andres Doria*, en cuya puerta se lee una inscripcion que dice que este hombre ilustre, despues de haber sido Almirante del Papa, de Cárlos V, de Francisco I y de su patria, edificó aquel asilo en 1529, con el propósito de descansar en los dias de su vejez.—El *Palacio*, que ha debido de ser hermosísimo, se halla abandonado y ruinoso; pero no asi los magníficos *Jardines* que lo cercan, desde los cuales se domina todo el Puerto.—En ellos me han enseñado (¡singular Monumento!) el sitio que ocupó durante muchos años el *Mausoleo de un perro*, llamado *Rædan*, que Cárlos V regaló á Andrés Doria...—*Aquí yace mi mejor amigo*, escribió lord Byron en la tumba de otro perro.

Tales son hasta ahora mis impresiones en *Génova*.—La noche no me ha dejado ver más.—Pero tiempo de sobra tendremos de hacer nuevas excursiones, pues el Vapor que ha de llevarnos á *Liorna* no sale hasta pasado mañana á la noche...—Por lo tanto, *buona sera*.

Se me habia olvidado deciros que en *Génova* todavía es verano.

Génova, 10 de diciembre,—á las nueve de la noche.

Dentro de una hora nos embarcamos para *Liorna*, y mañana al amanecer nos encontraremos en la Toscana, en la tierra clásica de las flores y las artes, en la patria de la hermosura!

Antes de entregarnos á tan dulces emociones, y por si la mar, que está agitada, no me permite escribir esta noche á bordo, voy á referiros brevemente las principales cosas que he visto ayer y hoy en la encantadora *Génova*.

Ayer empecé por seguir recorriendo los mas célebres *Palacios* de la ciudad.—Despues del *Palazzo Reale*, comprado por Cárlos Alberto á no sé qué patricio genovés, y sólo notable por su magnitud, fui á ver la famosa *Galería de pinturas* del *Palacio Brignole-Sale*, llamado comunmente el *Palacio Rojo*, por estar pintado de este color. Su dueño vive casi siempre en París, adonde ha trasladado muchas obras de dicha Galería; pero aún quedan en ella algunos *Retratos* de Ticiano y de Van-Dick, y varios *Cuadros religiosos* de Reni, Guercino, Lucas Jordan y los dos Palmas.—En los *Palacios Adorno* y *Pallavicini* hay muchas y muy buenas *Pinturas* de los mismos maestros y de otros de la escuela holandesa.

Tambien merece ser visitada la *Universidad*, grandioso y elegante edificio, lleno de luz y de gracia.—Una doble *Columnata* dórica gira en torno del patio, y sobre ella se levanta otra de órden jónico. Enfrente de

la Puerta de entrada está la *Escalera*, que es magnífica, y al través de sus arcos se perciben los naranjos, laureles y cedros de un alto *Jardín*, cuya verde pompa da mayor realce á tan soberbia arquitectura.—En el *Salon de Exámenes* hay seis bellas *Estátuas* del célebre Juan de Bolonia.

Las *Iglesias de Génova* son tan celebradas como criticadas por su excesivo lujo, y sobre todo por el extravagante empleo que se ha hecho en ellas de mármoles negros y blancos puerilmente combinados.

La *Catedral*, ó sea *San Lorenzo*, revestida por el exterior de esta manera, no ofrece en el interior nada de particular, pues aunque data del siglo XI, perdió todo su carácter al ser restaurada en el siglo XVI.—Lo único que me ha llamado la atención en aquel Templo ha sido el tan famoso *Sacro Catino* (fuente sagrada) traído de Cesarea por los Cruzados.—Los genoveses dicen que aquella fuente es de esmeralda, y que por lo tanto vale muchos millones.—Yo solo puedo asegurar que es verde, de una sola pieza y de una tercia de diámetro.—Añade la conseja popular que la reina de Saba le regaló esta joya al mismísimo Salomón...—¡Dado lo de la esmeralda, el presente es digno de tan altos personajes!—Dícese en fin (y esto último me lo ha repetido un señor canónigo de la catedral), que en esta Fuente sirvieron á Jesús el Cordero Pascual la noche de la Cena.

Oigamos ahora á los incrédulos.—Los incrédulos dicen que el *Sacro Catino* no es de esmeralda, sino de vidrio, y que por eso dió la República de Génova, en 1476, aquella extraña é incomprensible ley que condenaba nada menos que á muerte al que lo tocase con cualquier materia *dura*. En seguida añaden que si la República atribuía con tal ahinco un vil valor material al inmenso valor moral de tan sagrado objeto, era con el solo fin de que los judíos de la ciudad siguiesen prestándole enormes sumas bajo la hipoteca de la supuesta esmeralda. Después cuentan que el famoso naturalista francés *Mr. Charles Marie de La Contamine* estuvo en Génova en 1750, y que habiendo notado en el *Sacro Catino* ciertas burbujas propias del vidrio, trató de rayarlo con un diamante que llevaba preparado; pero que el fraile que le acompañaba se lo estorbó violentamente, y fueron necesarios todos los respetos del célebre académico para que la mera tentativa no le costase cara. Y por último refieren (y yo creo que debían empezar por aquí), que Napoleón I se llevó á París en 1809 el *Sacro Catino*, creyéndolo de esmeralda; pero que, examinado allí por personas competentes, se encontró que era de vidrio, y fué devuelto á la catedral de Génova.—Por mi parte, y para concluir, diré una sola cosa: de vidrio ó de esmeralda, el *Sacro Catino* tendrá siempre el inapreciable mérito de haber pasado por las manos de Jesucristo, de Salomón y de la reina de Saba.—Lo demás importa poco.

La Iglesia de *L'Annunziata* (cuya fachada está también revestida de mármol blanco y negro, en alternados cuadros, lo que le da el aire de un tablero de damas) es suntuosísima por dentro. La cúpula y las naves, completamente doradas, relucen al sol como los incendiados celajes de

una *Gloria* de Murillo. Entre tanto fulgor se perciben algunos Frescos malamente restaurados.

Otro de los Templos notables de Génova es *San Siro*, ¡fundado en el siglo III!... y el más grande de la ciudad.—En él se celebraban las elecciones de los Dux.—Hasta el siglo X fué Catedral.—Posteriormente ha sido reedificado de modo que no queda nada de la primitiva obra...—¡Es lástima!

En *San Mateo* he visitado una profunda y lujosa *Cripta* en que se halla enterrado Andrés Doria.—En la *Sacristia* me han enseñado una espada que el Papa Paulo III le regaló al célebre Almirante, y que éste usaba en las grandes ocasiones.

Finalmente, he subido á *Santa Maria de Carignan*, situada en una áspera cumbre.—Desde la *Torre* de este Templo se abarca de una ojeada toda la Ciudad de Génova, con sus pintorescas cercanías, con sus murallas, con sus jardines, con su puerto, con sus barcos... ¡toda en fin!...—y en verdad os digo que es un panorama digno de verse.—En cuanto á la *Iglesia*, es también la mejor de la ciudad como obra de arte.—El Renacimiento no ha levantado edificio más regular, más armonioso, más puro.

En aquella altura me pasé la tarde contemplando el mar, y á la noche fuí al *Teatro Paganini*.

En el *Teatro Paganini*, nuevo y hermoso (el tan celebrado de la *Fenice* se está restaurando para la próxima temporada), se cantaba la *TRAVIATA* por una señorita, llamada la *Dégola*, hija tercera de un difunto senador.

Esta jóven, que ha sido algunos años el mejor adorno de los más aristocráticos salones, se ha visto obligada últimamente, por graves desgracias de familia, á dedicarse al teatro.—Es bella y elegante, pero se dice que está tísica.—Todas estas circunstancias, unidas á la inspiracion y al gusto con que canta, hacian que el público la escuchase con respetuoso entusiasmo, con afectuosa consideracion, con piedad y con cariño. Hubiérase dicho que era la misma heroína de la ópera la que estaba en escena.—A mí me hacia daño aquel espectáculo doloroso. La infortunada *Dégola* no puede ya cantar bien sino el tercer acto de la ópera; aquel en que *Violeta* lucha desesperadamente con la tisis!...—¡Esto es horrible, bárbaro, inhumano!—El público hubiera hecho mejor en socorrer privadamente á la enferma, relevándola de la cruel necesidad de vender su agonía.

En un palco próximo al mio, estaba el famoso pintor, poeta, militar, músico, novelista y hombre de Estado *Massimo d'Azeglio*, uno de los hombres más ilustres del Piamonte; presidente del Consejo de Ministros del rey Victor Maduel durante algunos años y precursor de Cavour en aquel puesto; autor de muy célebres cuadros que se conservan en los Museos del Louvre y de Turin; creador de las célebres novelas *Héctor de*

Fieramosca y *Niccoló dei Lapi*; aguerrido soldado, cubierto de honrosas cicatrices; publicista eminente en favor de la independencia y libertad de Italia... y yerno del inmortal *Manzoni*,—lo cual es tambien una gloria en mi concepto.

Massimo d'Azeglio tendrá hoy sesenta años: es rubio, alto, delgado, elegante, de aspecto melancólico.—Se parece mucho á nuestro general Ros de Olano.—Acompañábase en el palco una hermosísima señora, hija suya, nieta del autor de *I Promessi Sposi* y tataranieta del ilustre *Beccaria*.

Tal fué mi dia de ayer.—Hoy he hecho muy diferente vida.

Esta mañana aparecieron todas las esquinas de *Génova* cubiertas de carteles, recordando que hoy era aniversario del dia 10 de diciembre de 1746, en que los genoveses, *con fiero atto de maestá nazionale, vendicabano le sue mura, violate degli austraci invasori*, etc.—Pero los carteles se olvidaban de decir que si los genoveses arrojaron á los austriacos en la fecha citada, fué con ayuda del torrente *Bisagno*, que corre á las puertas de la ciudad, el cual salió de madre á consecuencia de un repentino y espantoso aguacero; inundó y asoló los parajes en que estaban acampadas las huestes invasoras, poniéndolas en la mayor tribulacion, y dejó muy poco que hacer á los hijos de *Génova* para acabar de aniquilarlas.

Como quiera que sea, desde el amanecer se notó hoy en la Ciudad gran movimiento, acompañado de ruido de cornetas y tambores, atronadores vivas y músicas militares.—Era que la poblacion se reunia para ir á celebrar el aniversario en el mismo lugar de la catástrofe de 1746.

Con este motivo, he visto en calles y plazas muchos voluntarios de Garibaldi, recién llegados de Nápoles, que vuelven á sus casas locos de orgullo y alegría con la fabulosa empresa que acaban de llevar á cabo.—Hace cinco meses que salieron de *Génova*, en número de mil, decididos á conquistar un reino de 10.000,000 de habitantes, de los que 160,000 eran soldados.—Primero solos; despues ayudados por los movimientos populares; engrosadas luégo sus filas por las defecciones del ejército enemigo, y últimamente auxiliados por el ejército piemontés, han conseguido su temerario propósito.—Y cuenta que los héroes de Calafatimi, Palermo, Garegliano y el Volturmo son en su mayor parte jóvenes de diez y seis á veinte años. Básteos saber que de los mil voluntarios que llevó Garibaldi á Marsala, ciento setenta eran estudiantes de la universidad de Pavía. La única gente *granada* que ha habido entre ellos han sido ochenta emigrados venecianos y ciento diez fugitivos de Nápoles y Sicilia.

Mientras que la entusiasmada muchedumbre se ha divertido á las orillas del *Bisagno*, que corre al Este de la ciudad, Caballero y yo hemos hecho una excursion al campo por la parte del Oeste.—Jussuf se habia marchado con los patriotas.

El día ha sido magnífico. El campo de *Génova* tiene todavía flores de otoño, y el mes que viene las tendrá de primavera.—A la caída de la tarde prolongamos nuestro paseo por el hermoso camino de Niza.—Aquella famosa carretera, tallada, por decirlo así, en altas rocas, que salen brusca-mente del mar (lo que le ha dado el nombre de *la Cornisa*), sigue las ondulaciones del extenso golfo, sobre el cual forma un continuado balcon de piedra, mientras que al otro lado no deja ver horizonte alguno, sino la enhiesta muralla del gigantesco Apenino, rasgada á veces por arroyos torrenciales.—Al decir de los que han ido á Francia por aquel lado, el camino de *la Cornisa* continúa leguas y leguas del mismo modo, dominando siempre las azules ondas del Mediterráneo.

Nosotros hemos andado solamente algunos kilómetros hasta llegar á un punto desde el cual vimos á toda *Génova* á su ancho *Puerto*, recogidos, por decirlo así, en un solo cuadro.—El cielo estaba azul, y el sol se ponía, hiriendo de frente los cristales y las pintorescas fachadas de los palacios escalonados en las colinas.—En la mar, agitada como he dicho, se mecían centenares de buques, de los que algunos se hallaban ya en franquía.—Los vapores encendían ó calentaban sus máquinas, disponiéndose á partir....

Entre ellos distinguíamos el que debe llevarnos esta noche á *Lior-na...*; pero ni Caballero ni yo nos resolvíamos á mandar al cochero que retrocediese.—Nos encontrábamos á una legua de *Génova...*; es decir, nos habíamos acercado una legua á España!..., y este pequeño viaje hácia la patria, realizado pocas horas antes de emprender otro que iba á alejarnos más y más de ella, adulaba nuestra melancolía de extranjeros.

Indudablemente, los dos pensábamos una misma cosa: «Si siguiéramos caminando de este modo, siempre por la orilla del mar, dentro de algunos días entraríamos en España por Cataluña...»

Por fortuna, el cochero nos llamó á la razón, diciéndonos que, si nos parecía, ya era hora de volver á *Génova*.

—Volvamos, le respondimos.

El sol se ponía en aquel instante.

—¡Todavía lo verán *allí* algunos minutos! le dije yo entonces á mi amigo, como prosiguiendo un coloquio...

Y, para colmo de ilusión, al llegar á la ciudad, he leído estas palabras, escritas sobre la Puerta por donde antes habíamos salido y entonces entrábamos: GENOVA, CITÁ DI MARIA SANTÍSSIMA.

¡Lo mismo decimos de nuestra tierra los andaluces!

Cerca ya del *Hotel de la Ville*, donde vivimos, hemos encontrado la Procesion patriótica, que volvía de celebrar el aniversario; y como todas las calles que iban á parar á la nuestra se hallasen ocupadas por una densa muchedumbre, hemos tenido que echar pié á tierra y confundirnos con las turbas, á fin de llegar á nuestra casa, no sin emplear en ello más de una hora.

Quince ó veinte mil jóvenes, — soldados, milicianos, garibaldinos, marineros, estudiantes, labradores y mendigos, — cogidos del brazo por hileras de diez ó doce individuos, cada uno con un ramo de oliva en la mano, marchaban lentamente y á compás, cantando un coro de interminables estrofas en favor de Italia y de Garibaldi, y en contra de los gobiernos de Roma y de Venecia. Enormes banderas tricolores ondeaban de trecho en trecho sobre las apretadas filas. En todos los balcones se veian gentes con luces en la mano. Los puentes y calzadas que cortan ó flanquean casi todas las calles, estaban coronados de mujeres con mantilla blanca, que agitaban sus pañuelos y victoreaban á Garibaldi. A veces se interrumpia el prolongado coro que entonaban á un mismo tiempo cuarenta mil voces, y se oia un breve discurso, un viva, una frase, un nombre; y cuando aquello que se oia condensaba el sentimiento general, estallaba un aplauso unánime, un estruendoso palmoteo, en calles y balcones y á lo largo de la procesion. Todas estas cosas las hacian ordenada y gravemente, sin perder el compás de la marcha, sin escándalo, sin atropello alguno.

A la verdad, el cuadro no podia ser más imponente. Tantas luces en el aire, tanta gente en los balcones, tantos ondulantes pañuelos, tanta mantilla blanca en las escaleras que conducen de una calle á otra, tantos kepis encarnados, tantas verdes olivas, y el coro, y el aplauso, y el acompasado andar, y las banderas, y las aclamaciones... todo esto tenia algo de solemne. — No era el motin ni la parada, no era la iracunda amenaza que precede á las revoluciones, ni la desenfrenada alegría que sigue al triunfo popular: era una cosa que yo no conotia; que yo no habia visto nunca; pero de la cual habia oido hablar muchas veces: — era, en fin, una *manifestacion pacífica*.

Esta *manifestacion* me hubiera hecho acaso reir en otras ciudades de Italia; pero en *Génova* me ha infundido respeto. Ya os he dicho que *Génova* es uno de los pueblos más belicosos y terribles de toda Europa.

Conque partamos. — Ya son las diez, y el Vapor *Princess* en que hemos de embarcarnos leva anclas á las once. — Dejemos por unas horas el suelo italiano, y surquemos las soledades del mar bajo el pabellon de Inglaterra...

¡Ah!... ¡se me olvidaba!... — Jusuff es garibaldino.

LIBRO NOVENO.

LA TOSCANA.

I.

LIORNA.—DE LIORNA Á PISA.

Liorna, 11 de diciembre.

El Vapor *Princesa* ha tardado nueve horas en traernos de Génova á *Liorna*.

La noche ha sido terrible, y las dos cámaras han estado convertidas en dos enfermerías.—¿Qué le habíamos hecho nosotros al mar para que nos tratase con tanto rigor?

Al amanecer aplacó su furia, y al poco rato oímos las cadenas de las anclas; cesó el ruido del hélice; paróse el Vapor, y todo el mundo dijo:—¿*Liorna?*—*Liorna.*—¡*Liorna!*..., con diferentes entonaciones.

Subí sobre cubierta; y me encontré delante de una Ciudad fortificada, en un Puerto bastante concurrido y en frente de un Muelle en que se movian muchos comerciantes y marineros.

—Estamos en la *Toscana* (me dije): en la patria de Dante, de Maquiavelo y de los Médicis; donde Miguel Angel...

Pero las operaciones del desembarco me impidieron continuar mi tácito monólogo.—Dedíqueme, pues, á ver.

El cielo se habia despejado y el sol iluminaba el litoral.

Allá á lo lejos, hácia la izquierda, se divisaban las aguas del Arno y algunos edificios de *Pisa*, situada á tres leguas de *Liorna*.

Pisa se bañaba antiguamente en las olas; pero las aguas se han ido retirando de ella, ó las arenas del Arno han hecho retroceder á las aguas, hasta el punto de haber hoy dos leguas de playa entre la que fue rival de Génova y la orilla del Mar Tirreno.—Lo mismo ha acontecido en la Valencia de España y en otras muchas ciudades marítimas; y, así como en Valencia se ha fundado el *Grao* sobre las arenas abandonadas por el mar,

del propio modo nació *Liorna* y ha llegado á ser la heredera de *Pisa*, ó sea el gran Puerto de la Toscana.

Liorna, pues, es una ciudad sin historia.—Hace cuatro siglos era una aldea de pescadores y marineros, que apenas encerraria mil almas. Hoy es una grande y vistosa ciudad de 78,000 habitantes.—En cambio, *Pisa*, que tenia 150,000 habitantes en la Edad Media, sólo cuenta ahora 27,000.

El Puerto de *Liorna* fue construido á fines del siglo XVI.—Desde entonces es el lugar de cita de todos los comerciantes de Oriente. Una amplia libertad de cultos, que ha permitido erigir en la Ciudad una *Sinagoga*, una *Capilla para árabes maronitas*, dos *Templos Griegos* y otros dos *Protestantes*; el ser *Puerto franco*, y el haberse abierto *Canales* desde la orilla del mar hasta el centro de la poblacion, á fin de cargar y descargar las mercancías en los mismos almacenes, han sido estímulos más que suficientes para atraer á *Liorna* gentes de todos los países,—aventureros, contrabandistas, desertores, piratas, renegados, comerciantes de todo y de sí mismos, que la han convertido en una especie de Gibraltar.

Quando saltamos á tierra nos rodeó una nube de gente oficiosa, miserable y sumamente locuaz, que nos ofrecía sus servicios, y en la cual me llamaron la atencion dos cosas: la distincion aristocrática de su aspecto, y las formas correctas de su lenguaje.—Diríase que eran antiguos patrios de Florencia convertidos en pordioseros.—¡Qué finura y qué expresion en los rostros! ¡Qué fúnebre elegancia en los harapos! ¡Qué cortesía y qué insinuacion en las maneras! ¡Qué discrecion y pureza en el decir! ¡Qué exquisita adulacion en los conceptos!

Los más pobres y andrajosos tenian el tipo de los nobles personajes retratados por Ticiano: delicado perfil, largas cabelleras, severas calvas, diplomático gesto, barbas teatrales, miradas de astucia, graciosas sonrisas, frentes de inteligencia, delgada musculatura, actitudes cortesananas.—En cuanto á su modo de expresarse, hubiera dado envidia á un académico.—Ya sabia yo que los toscanos hablan bien. Tantos siglos de refinada cultura han trabajado y pulimentado su lengua de tal modo, que para decir la cosa mas sencilla se valen de mil fórmulas diferentes, á cual más retórica y galante, y de prolijos rodeos y donosos giros, pronunciados con esmerada pulcritud, enfática y melodiosamente, recortando, en fin, las sílabas y las palabras, como si declamasen en un teatro.

Excusado creo decir que estos aires principescos y esta alambicada *civiltá* del populacho me desagradaron profundamente, ó por mejor decir, me horrorizaron y movieron á compasion. Aquellos no eran *pobres*: eran *empobrecidos*. Aquella no era la clase popular, era la ruina de la clase alta. Cada hombre parecia la víctima de una tragedia. Allí no podia haber un solo desgraciado ignorante de su suerte ó resignado con ella. Ninguno era ciego de nacimiento... ¡Qué desesperacion reinaria en sus almas!—¿En dónde estaban la sencillez, la inocencia, la mansedumbre, la buena fe, la noble humildad de los *desheredados* de otros países? ¿En dónde ese pueblo sano, fuerte, generoso, varonil, sufrido, que es en todas

las naciones como la cantera bruta de donde se arrancan las grandes virtudes, donde se tallan los más nobles caracteres, donde se conserva pura la fe, donde residen la savia y la fuerza que regeneran constantemente la sociedad?—Allí no había tal pueblo: allí no había más que escombros y escoria de seres envejecidos. Aquella pobreza parecía hija del juego y la bancarrota ó de la embriaguez y la pereza.

Por lo demás, pronto supe que la mayor parte de aquella gente allegadiza que obstruía los desembarcaderos, eran florentinos de la Capital.—La verdadera poblacion de *Liorna* es muy diferente; pues se compone de comerciantes de todos los países, de activos industriales y de riquísimos contrabandistas.—Los judíos, en número de 8,000, gozan de todos los derechos de ciudadanos; visten á la europea, y hablan perfectamente el español!

Las calles de *Liorna* son generalmente buenas. Entre ellas tiene fama una magnífica, llamada antes *Via Ferdinanda* y hoy *Via Vittorio Emanuele*.

La *Plaza de Armas* es tambien muy hermosa.—En ella hay un *Monumento* bastante notable, levantado en honor del gran duque Fernando I, que reinó de 1587 á 1609, y á quien *Liorna* debe todo lo que es.—Aquel monumento se reduce á una gran *Estátua* del Príncipe, labrada en mármol, á cuyos piés están encadenados cuatro esclavos de bronce.

Liorna es una de las poquísimas ciudades de Italia que no han sido Côte en ningun tiempo.—Por esto, y por haber nacido ayer, como quien dice, destinada desde luego al tráfico y la industria, carece de obras de arte.

En cuanto á su historia, se reduce á dos palabras. Ha pertenecido al Gran Ducado de Toscana hasta que éste dejó de existir hace poco más de un año, y hoy forma parte del reino de Italia.—En 1848 fue la primera que se sublevó contra la casa de Lorena.

Nosotros hemos estado alojados en un hotel que se ha llamado siempre *Vittoria*; pero cuya muestra ha sido enmendada últimamente, convirtiendo la *a* de *Vittoria* en *o* y añadiendo despues *Emanuele* con letras de diferente carácter.—Llámase, pues, hoy: *Hotel-Vittorio-Emanuele...*

R... o... ro; s... i... sí; n... a... na:—¡*Rosina!*

Durante las ocho horas que hemos permanecido en *Liorna*, nos ha obsequiado mucho el señor Cónsul de España.—Si por acaso llega á leer estas líneas, vea en ellas un humilde testimonio de mi gratitud y afecto.

Finalmente, Jussuf (que á la media hora de entrar en una ciudad sabe ya todo lo que hay en ella, todo lo que sucede, la topografía y la estadística, y hasta conoce á muchas personas) nos ha conducido á ver una maravilla que ha descubierto, y que él expresaba de esta manera:

—¡Venid á ver Marruecos!

El *Marruecos* de Jussuf era un gran *Bazar Oriental*,—el mejor que yo he visto hasta ahora,—en el que se venden toda clase de objetos anti-

guos y modernos, históricos ó de puro lujo, preciosos por su forma ó por su origen, procedentes de Marruecos, de Argel, de Egipto, de Turquía, de Persia, de la Arabia, de la India, de la China, de Rusia, del Japon y de otros apartados países.—Armas, telas, perfumes, joyas, muebles, monedas, libros, ropas, calzado, opio, café, hatchis, pieles, curiosidades arqueológicas, yerbas, flores, mómias, animales disecados, todo se encuentra en aquella magnífica colección, siendo aún más notable que las mercancías el personaje que las expende,—viejo cosmopolita, cuya legítima patria no hemos podido averiguar, y verdadero prodigio de erudición acerca de la vida, de las costumbres, de las artes y de la industria de todos los pueblos de Asia y Africa.

En un coche del tren, fecha ut supra.

Son las cuatro de la tarde cuando salimos para la ilustre *Pisa*.

El viaje se hace en ferro-carril y en poco más de media hora.

El país que se recorre entre las dos ciudades es amenísimo, aunque lo inundan frecuentemente las aguas del Arno.

En el tren van muchos ingleses que se dirigen á *Pisa*, á fin de pasar en ella el invierno; pues el clima de *Pisa* es uno de los más dulces de Europa, y está muy recomendado á los tísicos.—Baste decir que el frío no baja nunca de los siete grados sobre cero, ni el calor sube de los veinte y cuatro.

En el mismo coche que nosotros van tres elegantísimas inglesas, dos de las cuales son jóvenes y hermosas y parecen hijas de la tercera.—¡Ay! todas tres necesitan respirar los aires benignos de los *Montes-Pisanos*!

Particularmente una de las jóvenes, se asemeja á una azucena marchita.—En sus ojos azules se entrevé ya la Eternidad. Dos largos bucles de amarillo pelo oscilan sobre su cuello de cisne. Su semblante parece de marfil, y recuerda los ideales rostros de los serafines pintados por Beato Angélico.

Su hermana, que es mayor y promete un año más de vida, la mira con miedo, veneracion y ternura, como diciendo: *Ella morirá antes que yo. Si ella se salvara, yo me salvaria. Pero cuando ella expire, yo empezaré á agonizar.*

La madre, que les ha legado la enfermedad, las contempla con un doloroso remordimiento y como avergonzada de vivir todavía...

¡Pobre madre! Tal vez no ha muerto ya, por no dejar solas á estas dos caras prendas de su amor y su cuidado: quizá la enfermedad de sus hijas es el único sosten de su existencia: quizás no siente su propio mal, porque está toda consagrada al mal ageno.—¡Ah! No es este el único caso en que el amor sirve de medicina. ¡No siempre tiene uno tiempo de morir! El que vive en otro, no puede morir *en sí*.—Es como si un asesino viniese á matarnos y no nos encontrase en casa...

Mientras yo pienso de esta manera, el tren se acerca á *Pisa*, á *Pisa la morta*, como poéticamente la llaman los italianos.

II.

PISA.

(Escrito en Florencia).

Pocas ciudades tendrán una historia tan dramática y tan gloriosa como *Pisa*.—Fundada por los griegos; engrandecida por los romanos; asiento despues de Marqueses y Condes que la gobernaron soberanamente; República, en fin, no ménos ilustre que las de Génova y Venecia, y rival y vencedora de ellas en muchas ocasiones, *Pisa* dominó largo tiempo en el Mediterráneo, donde sus galeras fueron tan respetadas como temidos sus ejércitos en tierra.—Ella arrancó á los sarracenos la Cerdeña y las Islas Baleares; envió sus hijos á la conquista del Santo Sepulcro; luchó denodadamente con los piratas que rondaban las playas de Europa, como los lobos los apriscos; llevó su comercio de Cádiz á Crimea, y con él la civilizacion y la cultura; fué emporio de las ciencias y de las artes, y asombró al mundo con sus monumentos. Pero, desgraciadamente para ella, conservó su carácter díscolo y guerrero en sus relaciones con Luca, Génova y Florencia, sus hermanas y vecinas, y militó bajo el estandarte *gibelino* en las grandes luchas del Imperio con el Papado. Esto le enagenó las simpatías de Italia. Sus rivales cayeron entónces sobre ella (1250); destruyeron sus escuadras; devastaron su territorio; la conquistaron, en fin, y la hicieron decaer y agonizar... precisamente en el instante que se levantaban y empezaban á florecer muchas otras ciudades de la misma Península.

La agonía de *Pisa* se prolongó todavía dos siglos.—Durante ellos, se revolvió desesperadamente bajo el yugo de Florencia, sacudiéndolo más de una vez, gracias al heroico esfuerzo de los pisanos... y hasta de sus mujeres, que se batieron denodadamente, eclipsando el valor de los más fuertes varones, el último dia de la libertad de *Pisa*.—Despues de este supremo combate, y en tanto que los florentinos entraban por una puerta de la capital, la mitad de los pisanos emigraba por las otras...

El mar, indignado (que diria un poeta místico) de rendir tributo á una ciudad abierta á moros y judíos, turcos y árabes y toda clase de enemigos de Dios, se habia retirado entre tanto de sus muros, y Liorna surgía en la nueva playa, atrayendo al resto de la poblacion de *Pisa*...—Quedó, pues, ésta casi despoblada, *muerta* como se halla hoy, y á merced desde entónces de los victoriosos florentinos.

Se podría, pues, asegurar que á *Pisa* le ha alcanzado la enérgica maldicion de Dante:

¡ Ahí Pisa, vituperio delle genti
del bel paese la, dove 'l sí suona!
Poichè i vicini á te punir son lenti,

muovansi la Capraia é la Gorgona,
 é faccian siepe ad Arno in su la foce,
 sí ch' egli annieghi in te ogni persona.

La *Capraia* y la *Gorgona* no se han movido, ni el Arno ha ahogado á toda persona en la ciudad *vituperio de las gentes* del bello pais en que se pronuncia con tanta suavidad el monosilabo del amor; pero no por eso ha dejado *Pisa* de expiar amargamente sus errores.

Cuando nosotros entramos en la ciudad, estaba diluviando.

Pisa es uno de los puntos más lluviosos de la tierra. Por término medio, llueve allí ciento veinte días cada año.

Las calles, rectas y anchas, estaban desiertas y silenciosas.

Nosotros nos hicimos conducir al *Hotel Poverada*, situado á la orilla derecha del caudaloso *Arno*.

Este célebre rio, tan cantado por los poetas, parte en dos mitades la Ciudad, y tiene alguna semejanza con el *Canal Grande* de Venecia.—La diferencia consiste en que los edificios que se miran en el Arno no son tan bellos como los de la reina del Adriático, y en que entre las casas y el rio de *Pisa* hay dos anchos y no interrumpidos Muelles. Pero la amplitud de la corriente canalizada, la curva que forma, la serenidad de sus cristales, la escasez de puentes y la multitud de barcos que cruzan de un lado á otro, traen á la imaginacion el plácido recuerdo del bellissimo Canal veneciano.

Esperando á que cesase ó se mitigase la lluvia, pasamos la tarde sin salir del Hotel.

Una de las veces que nos asomamos al balcon á consultar el cielo, reparamos en un gentío inmenso que se habia acumulado en la puerta de más abajo (como suele decirse), ó sea á la puerta del *Hotel Vittoria*.

Poco despues llegó un batallon de Milicia Nacional, precedido de su banda de música, que tocaba una marcha fúnebre.

En seguida acudieron Corporaciones con hachas encendidas, muchos carruajes, y clérigos, y cruces, y estandartes.

Indudablemente, aquello era un entierro...

Un entierro era.—En el *Hotel Vittoria* habia muerto ocho dias antes el Príncipe de Siracusa, hermano de Fernando II de Nápoles y tio del actual Rey ó ex-Rey de las Dos Sicilias.

Esta noticia la habia yo leído en Turin, no imaginando ni remotamente que presenciaria el entierro de S. A. R. al cabo de tantos dias y de tantas leguas.

El cadáver del Príncipe habia permanecido expuesto en el Hotel aquellos ocho dias, despues de haber sido embalsamado, esperando á que dispusiese de él la Familia Real de Nápoles; pero, como ésta no resolviese nada, y el hostelero se quejase de los perjuicios que le traia á su establecimiento la honra de aposentar al augusto finado, las Autoridades de *Pisa* habian convenido en trasladarlo... nosotros entendimos que á una igle-

sia, desde donde sería conducido definitivamente al lugar que determinase S. A. el Príncipe de Carignan, hermano de Victor Manuel y *Luogotenente General* de la Toscana.

La explicacion de todo esto se alcanza fácilmente. El Príncipe de Siracusa ha representado en Nápoles, desde la muerte de Fernando II, el mismo papel que representó en España el Infante don Carlos á la muerte de Fernando VII, con la sola diferencia de que el Pretendiente napolitano, para disputar la corona á su sobrino, enarboló la bandera *liberal*.—Supongo que conocéis sus famosos escritos de estos últimos tiempos.—Ahora bien; como este Borbon ha sido liberal, la Toscana, ó sea la Italia, se ha creído en la precision de hacerle funerales, mientras que el Sitiado de Gaeta, fundándose en la mismísima razon, no se ha dado por entendido de que tal hombre fuera hermano de su padre.

Como quiera que sea, el Entierro pasó por debajo de nuestros balcones, siguiendo por la orilla del rio, en cuyas aguas se reflejaban tristemente la fúnebres antorchas. La lluvia, las armonías de la banda militar, el canto de los clérigos, el caudaloso Arno, la silenciosa muchedumbre que coronaba los Muelles, la tenebrosa noche, y el acontecer todo esto en una ciudad tan romántica y lúgubre como *Pisa*, daban á aquel espectáculo una poesía melodramática, digna por cierto de la Grande-Opera.

Muy entrada ya la noche, cesó la lluvia; lo cual nos animó á ir al Teatro.

El *Real Teatro de Pisa*, alumbrado con aceite, es tan malo como barato. La compañía nos pareció regular. La comedia era detestable, á pesar de su correcto y elegante estilo. El público se componia de jóvenes imberbes, entre los que se veian algunos garibaldinos.

Aquellos mozalvetes ocupaban todos los palcos, en los que fumaban y comian que era un contento.—¡Ni una mujer por ningun lado!—El Teatro, más que un templo del Arte, parecia una de esas tabernas en que la juventud viciosa se reúne á hacer gala de su pésima educacion ó de su desenfrenado cinismo.

¡Y qué propio de ilustres ciudades arruinadas es semejante estado moral de la clase media! ¡Cuánta gracia y cuánto talento, y cuánta corrupcion y vileza á un tiempo mismo, revelaban las bufonadas soeces de aquellos holgazanes!—Ellos aplaudian á los actores segun iban saliendo, y los silbaban segun se iban marchando: ellos ofendian con sus obscenas demostraciones á las famélicas actrices: ellos buscaban en la comedia ocasion de lanzar ingeniosos epigramas contra la Francia, que los ha libertado de la tiranía: ellos interrumpian la representacion con discursos que hubieran sido donosos si no hubieran sido groseros: ellos, en fin, me confirmaron en una idea que ya me había ocurrido por la mañana al desembarcar en Liorna, á saber: que los pueblos de Italia van siendo más y más viejos y experimentados, más y más pobres de virtud y energía, más y más ricos de genio y hermosura, más y más corrompidos y mise-

rables, á medida que se avanza hácia el Sur, á medida que se aleja uno de los Alpes, á medida que se acerca á... Grecia.

Esta proposicion no la consigno todavía más que como mera sospecha...

Ya juzgaremos al final de la jornada.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano y salí á visitar los famosísimos monumentos de *Pisa*.

El día habia amanecido sereno, puro, radiante. El cielo y el Arno ostentaban un azul vivísimo, que me recordó las primaveras de Andalucía. Los árboles de los jardines, lavados el día anterior por la lluvia, estaban verdes, limpios, rozagantes, como en marzo, cuando despliegan sus hojas nuevas. El sol ardía en el horizonte, tan fúlgido y alegre cual, si en vez de vibrar sus rayos desde el Trópico de Capricornio, avanzase por la Eclíptica hácia el Trópico de Cáncer.—¿Qué más? Las friolegas moscas revolaban gozosamente en la templada atmósfera, olvidadas sin duda de que ya estábamos á doce de diciembre.

—¡Hermoso día para los tísicos! exclamé yo, pensando en las inglesas que tanto habia compadecido la víspera.

Antes de dirigirme á la célebre *Plaza de la Catedral*, en que están reunidos los cuatro grandes Monumentos de *Pisa*, recorrí toda la Ciudad, entrando en algunas *Iglesias*, de las que solamente recuerdo á *Santa María de la Espina*, donde ví algunas hermosas *Estátuas* del ilustre Juan de Pisa; á *San Nicolás*, cuyo *Campanario*, obra del mismo autor, está ligeramente inclinado; pero del que no debemos ocuparnos cuando tenemos que ver el maravilloso *Campanile* del *Duomo*; á *San Miguel*, cuya Fachada de galerías de arcos, levantadas unas sobre otras, empezó á iniciarme en el secreto de la originalísima arquitectura pisana, fusion del estilo bizantino con el gusto greco-romano y primer paso del Renacimiento; y por último, á *San Pablo*, notable en el mismo sentido, y además por el lujo y la elegancia de su Interior.

Tambien saludé al paso la antiquísima y renombrada *Universidad*, llamada *La Sapienza*, fundada el siglo XII y construida el siglo XV, y donde el insigne *Galileo*, hijo de Pisa como todo el mundo sabe, explicaba matemáticas en 1592, cuando principiaron á perseguirlo en nombre de la Ciencia, como despues lo persiguieron en nombre de la Religion.

Pisa, la patria de tantos grandes escultores y arquitectos, ha sido estéril en afamados pintores: así es que la *Academia de Bellas-Artes* sólo encierra algunas obras, raras por su antigüedad, muy preciosas para que los peritos estudien la historia del arte; pero de ningun modo para solaz de un profano como yo.—*Transeamus*, por consiguiente.

Excusado es decir que, para ver todas estas cosas, fuí y vine por las principales calles y plazas de la ciudad y pasé y repasé varias veces los tres puentes tendidos sobre el Arno.—En las calles no encontré más que soledad y silencio, yerba entre el empedrado, muchas casas cerradas y

algun ruinoso palacio de elegante arquitectura.—En las plazas ví algunos vendedores acampados con sus mercancías, muchos paseantes que tomaban el sol, y algunas *Fuentes* y *Estátuas* levantadas en otros siglos, y que, como los ancianos que han quedado sin familia, parecían esperar ya solamente sobre la tierra á que el tiempo las derribase.

En la *Piazza de' Cavalieri*, busqué inútilmente la *Torre delambre*, en que estuvo encerrado el *Conde Ugolino* con sus hijos y sus nietos.—Aquella Torre, immortalizada por Dante, fué destruida en el siglo XVI; pero aún se muestra el lugar en que se alzaba, y aún pudo fingirse allí mi imaginacion el lúgubre cuadro de la nefanda tragedia...

¿Quién no ha leído, ó quién no ha oído celebrar, aquellos sublimes tercetos del poeta florentino, en que hace referir al infortunado Conde sus espantosas desventuras?—La poesía no ha ideado nada tan horrible como el momento en que Ugolino oye clavar la puerta de su prision, precisamente á la hora en que esperaba verla abrirse y dar paso á los carceleros con la comida para él y para sus hijos.—El prisionero lo comprende todo... Se trata de hacerles morir de hambre.—Entónces mira á sus hijos sin hablar una palabra:

*Ond'io guardai
nel aviso a' mie' figliuoi senza far motto...*

El no lloraba... Lloraban ellos...

*Io non piangeva...
Piangevan eli...*

Pasaron dias... Ugolino vió morir uno tras otro á sus cuatro descendientes... ¡Y aún esperó tres dias más, arrastrándos á tientos sobre ellos y llamándolos por sus nombres!...

¡Despues... más que el dolor, pudo el ayuno!

Poscia, piú che' l' dolor poté' l' digiuno.

¡Con esta horrible frase termina el Conde su relacion! En seguida vuelve á coger el *miseró cráneo* que roía cuando Dante se acercó á él, y le clava unos dientes

che furo all' osso, como d' un can, forti.

¡Ah! ya le habian dicho un dia sus hijos, al verle morderse las manos y creyendo que lo hacia por hambre:

—«Padre: ménos nos doleria que comieses de nosotros: tú nos vestiste estas miseras carnes: de ellas despójanos.»

*.....Padre: assai ci sia men doglia
se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, è tu le spoglia.*

Pero el Conde no se mordía entónces las manos porque tuviese ham-

bre, sino porque le ahogaba el dolor al mirar el rostro de sus hijos.—Callóse, pues; y *callados* pasaron aquel día y otro.

Quel di e l' altro stemmo tutti nulli.

¡Después fué cuando el ayuno pudo más que el dolor!—¡Espantoso martirio!...

Pero dejemos esto; que no estamos en el caso de traducir ahora todo el canto XXXIII del *Infierno*, ni tampoco nos sería posible omitir de él palabra alguna, á poco más que recordásemos su feroz belleza.

Recitando las sentidas imprecaciones con que termina Dante este episodio de su poema, dirigí por último mis pasos á la *Piazza del Duomo*, situada en un extremo de la ciudad, lindando ya con el muro de circunvalacion.

La soledad y la tristeza que reinan en toda *Pisa*, llegan á ser absolutas en aquel barrio. Ni los escasos rumores de la poblacion, ni su pobre comercio, ni los pocos carruajes que la cruzan llevando viajeros de un ferro-carril á otro, nada, en fin, alcanza á turbar la melancólica quietud de aquella Plaza desierta en que se levantan, á la manera de gigantescos monumentos sepulcrales, las cuatro maravillas de *Pisa*, sus cuatro escudos de nobleza, sus cuatro títulos á la admiracion y al respeto de las ciudades que la han dominado y empobrecido;—la *Catedral*, el *Campanile*, el *Battisterio* y el *Campo-Santo*.

Todo el mundo está de acuerdo en ello: la *Piazza del Duomo* es una de las más bellas que existen.—A mí me ha recordado la *Piazzetta* de Venecia; me ha hecho adivinar la famosa *Plaza del Duque* de Florencia, y me ha llevado á imaginar lo que serian el *Foro Romano* ó las *Plazas de Atenas*, en que se veian expuestas al aire libre tantas y tantas maravillas de arte.

En el centro de la Plaza se levanta la *Catedral*, erigida en accion de gracias á la Virgen María por la victoria que alcanzó la República sobre los agarenos en la Isla de Sicilia.—La construccion es de los siglos XI y XII.—La *fachada*, graciosa y bella, consiste en cinco órdenes de arcos, elevados unos sobre otros. Semejante edificacion, bizantina en su conjunto, greco-romana ya en sus pormenores, presta al grandioso Templo una ligereza, una levedad, una elegancia aérea que recuerda el estilo veneciano. Tanta delgada columna, tanta hueca galería, la airosa cúpula, hasta las mismas combinaciones de mármoles blancos y negros, empleadas en *Pisa* con mayor acierto que en Génova, contribuyen á dar al *Duomo* aquella hermosura *externa, material, física* que encontramos en la *Catedral* de Milan.—El *interior* de la *Catedral* corresponde al exterior. Allí se ven cinco hermosas naves de la misma arquitectura medio bizantina, medio romana. En torno de ellas gira una galería alta, destinada á las mujeres, segun era costumbre en los primeros siglos de la Iglesia. Hermosos altares, magistrales estátuas (algunas del inspirado Juan de

Bolonia) y muchas pinturas de Andrea del Sarto adornan el recinto de aquel famoso Templo, que sirvió de modelo durante muchos años á los mejores arquitectos de Italia.

Aislados tambien en la extensa *Plaza*, levántanse, á uno y otro lado de la Catedral, dos maravillosos edificios, que pudiéramos llamar accesorios ó *dependencias* de ésta:—el *Battisterio* y el *Campanile*, ó sea la Capilla bautismal y el Campanario.

El *Battisterio*, rotonda preciosísima de afiligranado mármol, armoniosa combinacion de arcos romanos y de ogivas góticas, parece una de aquellas joyas labradas de plata y oro que se muestran bajo un fanal en el *tesoro* de algunas catedrales.—En su interior son de admirar la *Pila de mármol* que sirve de *Jordan* á los pisanos, y un *Púlpito* de Nicolás de Pisa, monumento y prodigio de la escultura de la Edad Media.—Por último: la alta bóveda de la *Cúpula* produce uno de los *ecos* más notables que se conocen en el mundo. Cualquier sonido, por inarmónico y desapacible que sea, al llegar á aquella altura, se descompone en varios acentos melódicos, artísticamente acordados, formando un cántico celestial que se prolonga durante mucho tiempo, cual si lo fuesen repitiendo invisibles coros de ángeles.—Y si por ventura es una frase musical la que se lanza desde abajo, entonces el concierto aéreo (que parece formado de cien diferentes voces, unas graves, otras agudas, ora infantiles, ora profundas como la salmodia de austeros monjes, ya de apasionado timbre femenino, ya de viriles y vehementes vibraciones) se convierte en una verdadera sinfonía religiosa, digna de los célebres órganos de las catedrales de Alemania.

Del *Bautisterio* fuí al *Campo-Santo*, dejando el *Campanile* para lo último, por comprender que desde su alta plataforma habia de hacer el resumen de mis impresiones en *Pisa*.

El *Campo-Santo* se extiende al Norte de la plaza, presentando al exterior un severo muro de 400 á 500 pies de largo, sobre el cual ha trazado, pero no roto, el arquitecto una sucesion de arcos tan nobles y sencillos como exigia aquel lugar, consagrado á un mismo tiempo por la Religion, por el Arte y por la Historia.

El *Campo-Santo* no es el *Cementerio general* de Pisa. Es el asilo de gloria de sus grandes hombres. Dicho se está, por consiguiente, que tampoco es el *Cementerio actual* de la poblacion. Lo era, cuando la poblacion encerraba genios y héroes.—Hoy es el *Panteon histórico* de las pasadas grandezas de Pisa.

En el siglo XIII, la poderosa República pisana, conociendo que iba á morir, hizo, como si dijéramos, el inventario de sus glorias, y se levantó á sí misma aquel inmenso mausoleo, ó aquel olimpo fúnebre, para encerrarse en él con sus riquezas, á fin de que la posteridad no desconociese nunca su antiguo poderío.

Para ello, comenzó por cubrir todo el suelo que habia de ocupar el

Campo-Santo, con tierra traída expreso de Jerusalem por los Cruzados, y en seguida llamó á uno de sus hijos más ilustres, al célebre escultor y arquitecto Juan de Pisa (hijo de Nicolás, de quien ya hemos hablado), y le dijo: «Eleva un templo á tu gloria y á la de tu patria.»

El Templo levantado por Juan de Pisa es un rectángulo de la longitud indicada, y de 104 pies de anchura. El interior se reduce á un melancólico *Patio*, en torno del cual corren cuatro hermosas *Galerias*, formadas por una sucesion de arcos ojivales abiertos á la luz. Los muros opuestos á los arcos son famosos en todo el mundo por las magistrales *Pinturas al fresco* que los visten. Al pie de ellas se encuentran las largas series de *Sepulcros*, *Inscripciones*, *Trofeos*, *Estátuas* y demás monumentos de todo género con que *Pisa* ha dado vivos testimonios de gratitud y admiracion á todos y á cada uno de sus varones insignes.

Entre los *Frescos* merecen particular mencion los de Benozzo Gozzoli, discípulo de Beato Angélico, los de Andrés Orcagna y los de Giotto.—Casi todos ellos se refieren á asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Orcagna tiene además dos obras renombradísimas. Una es el *Triunfo de la Muerte*, digno por cierto de la terrible imaginacion de Dante.—En aquella inmensa pintura se ven en un lado muchos enfermos que llaman á la *Muerte* con estas palabras: ¡*Oh morte, medicina d'ogni pena!*... Pero la *Muerte* los deja sufrir, negándose á consolarlos. En cambio, asesta sus golpes á unos gallardos Mancebos y hermosas Damas que reposan de una cacería, á la sombra de verdes árboles, bajo una bandada de *Amores*, oyendo cantar á un *Trovador* y mirándose con la alegría que dan la juventud, la hermosura, la pasion y las riquezas. No léjos se distingue un monton de cadáveres de Reyes, Obispos, Guerreros, Monjas y otros personajes. Los Angeles y los Demonios andan rebuscando en el monton, á fin de llevarse cada uno el alma que le pertenece...—¡Y cosa extraña! Los Demonios se llevan por lo regular las almas de aquellos que por su profesion ó su estado parecian estar *asegurados contra el incendio eterno*.

La otra obra de Orcagna es el *Juicio Final*, muy superior en mi concepto al de Giotto que ví en Pádua, y más admirable, en opinion de algunos críticos, que el de Miguel Angel, si no por la forma humana, por el sentimiento religioso.—Hay en medio de esta sublime composicion un *Angel Custodio*, lleno de terror al ver perdidas las almas que estaban á su cuidado, que es un portento de ternura y de belleza.

Las pinturas del *Campo-Santo* que pasan por de Giotto, son precisamente las más deterioradas por el tiempo ó por las restauraciones, y representan los *Infortunios de Job*. Entre ellas hay una magnífica escena en que el Demonio le pide á Dios permiso para tentar á Job, mientras que algunos Angeles se oponen á ello. ¡Uno de aquellos ángeles; uno, que me parece estar viendo todavía; uno, que se diría dibujado por Rafael y pintado por Murillo, vale mil obras maestras de las que más fama gozan en el mundo!

En cuanto á los portentos de escultura que encierran aquellas cuatro

galerías, fuera interminable su mera enumeracion. Allí se ven *sarcófagos griegos*, *bajo-relieves bizantinos*, *sepulcros romanos*, centenares de *estatuas* labradas por los primeros maestros de Pisa, *medallones* con bustos de personajes célebres, *lápidas* conmemorativas, *monumentos* de mil clases, traídos de diferentes países por la audaz República y destinados á guardar las cenizas de los Pisanos ilustres:—ora una sencilla *urna*, ora un grandioso *mausoleo*, aquí una preciosa *columna antigua*, allí fragmentos de *altares paganos*; todo en confusion y desórden, atestiguando juntamente la belleza y la destruccion, la presencia del hombre en los siglos y la constante victoria del tiempo sobre el hombre....—Tal es aquel Museo vivo; aquella Ciudad muerta.—¡Nada tan patético ni tan romántico como semejante lugar!

Figuraos ahora el cielo azul tras las caladas ojivas, las estatuas yacentes de las damas góticas, las fantásticas pinturas de las paredes, la tierra santa que hollaban mis pies, el silencio y la soledad que reinaban en los claustros, los nombres escritos en los sepulcros, la muerte y el abandono actual de *Pisa* y todas las demás tristes y religiosas imágenes que cruzarian por mi mente, y podreis comprender la profunda emocion con que recuerdo y recordaré eternamente las horas que pasé en aquel recinto.

Ni fué esto todo.—Al asomarme á una Capilla que hay á la mitad de la Galería del Norte, ví en el suelo un féretro forrado de terciopelo negro, sin blandones ni guardianes; pero flamante todavía...

—¿Qué gran pisano ha muerto? pregunté al conserje.

—No es un *pisano*, (me respondió aquel hombre con desden). Es el Príncipe de Siracusa. La Ciudad de Pisa lo ha depositado en este lugar, en tanto que el ex-Rey de Nápoles le designa sepultura.

—¡Noble hospitalidad, por cierto! (pensé yo). ¿Cuándo hubiera soñado el Príncipe reposar, aunque sólo fuese unos pocos días, entre tan grandes hombres?

Y, en verdad sea dicho, aquel muerto, desheredado de una tumba, olvidado en tierra extraña, y á quien se creía demasiado grande para ocupar una fosa cualquiera, y demasiado pequeño para reposar en el *Campo-Santo* de los héroes, movióme á piedad y lástima, y no pude ménos de compadecer tambien los adversos destinos de tantos otros príncipes y magnates de Italia como están siendo víctimas de sus lamentables errores y de las vicisitudes de la suerte.

Con estos pensamientos me dirigí al *Campanile*, última ya de las maravillas que encierra la *Plaza del Duomo*; pero maravilla tan grande, que asombra y pasma al viajero, áun despues de haber contemplado las que acabo de describir.

La *Torre inclinada* de Pisa no asusta tanto como las de Bolonia; lo cual no consiste en que su inclinacion sea menor que la de éstas, ni en que su estructura no es tan compacta; sino en que es extraordinariamente bella como obra de arte.—Resulta, pues, que, al considerar su

amenazante aspecto, é imaginar que aquella mole puede caerse, se teme por la Torre misma; no por los edificios ni por los hombres que cogiera debajo.

Su forma es cilíndrica, y se compone de ocho elegantes columnatas circulares levantadas unas sobre otras. La altura general de tan gracioso edificio es de 54 metros. Su inclinación fuera de la perpendicular, 4 metros, 319 centímetros.—Por lo demás, está ya averiguado que los autores del *Campanile* (Bonnano de Pisa y Guillermo d'Insbruck, famosos arquitectos del siglo XII) no se propusieron de modo alguno hacer una torre inclinada; pero que, habiendo cedido el terreno y desnivelándose su obra cuando ya habían construido los cuatro primeros pisos, concibieron la idea de seguirla diagonalmente, vista la celebridad que gozaban las Torres Inclinadas de Bolonia. Así es que sólo desde el cuarto piso en adelante, las columnas de un lado son más altas que las del otro; diferencia que habría habido entre ellas desde el primer piso, si el objeto hubiese sido desde luego (como lo fué despues, y á la postre se consiguió) que el plano superior de la Torre resultase horizontal, sin que ésta perdiese por ello á primera vista sus armoniosas proporciones.

Al pie del *Campanile* dice una *lápida* que Galileo hizo en él largos estudios acerca de las leyes de la gravedad.—A lo que yo respondí mentalmente:

—¿Quién sabe lo que debe la ciencia á la inclinacion de esta Torre? Aquí Galileo, con un hilo y un plomo, descubrió el secreto del universo, el movimiento de la Tierra, las afinidades de los astros. En seguida, iniciado ya en el misterio de la atraccion, inventa el telescopio, y sumerge su mirada en las profundidades del infinito....—Todo esto se hubiera hecho despues; yo no lo dudo; pero ¿cuándo?—¿Por dónde iríamos hoy? ¿No son de nuestro tiempo la invencion de la telegrafía eléctrica, la aplicación del vapor, los prodigios de la fotografía?—¿Pues bien pudiéramos lo mismo haber leído ayer, *verbi gratia*, entre el chocolate y el almuerzo, al hojear una Revista de Ciencias, la singular noticia, la asombrosa *novedad*, de que el Sol no viaja alrededor de la Tierra, sino que la Tierra está en continuo movimiento en torno de su eje y alrededor del Sol, sin que por eso se vacien los mares, ni se nos suba, digo, *se nos baje* la sangre á la cabeza!—¿Qué? ¿No nos aguardan todavía sorpresas de este tamaño? ¿Sabemos por ventura los milagros que encierra esa frase escarnecida,—befada como todo lo grande y noble que ha aparecido en el horizonte de las ciencias, de la moral, de las artes y de la literatura; esa frase, que equivale á una profecía, y de la cual abusan hoy los impostores, los charlatanes y los empíricos; esa frase, en fin, que encierra todo el misterio de la naturaleza humana...—el *magnetismo animal*, para decirlo de una vez?

Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar... La Italia ciega
le ofrece en premio un calabozo impío...
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

Así habló nuestro Quintana.—Galileo había dicho lo mismo en menos palabras á los setenta años de edad, el día en que la Inquisicion de Roma le obligó á abjurar de rodillas sus *errores* astronómicos:

—«*E pur si mouve!*» exclamó el gran matemático.

Pero subamos al *Campanile*.

Los 338 peldaños de la escalera de aquella Torre se parecen á los de todas las torres del universo en lo penosos que son de subir; mas, una vez en lo alto de la de *Pisa*, se da uno por recompensado de tal fatiga con el delicioso panorama que se despliega ante los ojos.

Una feracísima llanura, que termina por un lado en el Mar y por otro en los Montes Pisanos;—toda *Pisa*, extendiéndose á vuestros pies, partida por el Río, sobre el cual se dibujan tres hermosos Puentes, y rodeada de Jardines verdes como en Mayo;—cuatro Ferro-carriles (de los cuales uno va á *Liorna*; otro á *Florenzia*, pasando por *Luca*, *Pistoja* y *Prato*; el tercero, más directamente á *Florenzia*, enlazándose con la gran línea que llega á *Siena* y se dirigirá con el tiempo á *Roma*; y el cuarto, que está en construccion, á *Génova* por la *Spezzia*);—amarillas Carreteras que, como ondulantes cintas, cortan en todas direcciones el frondoso llano;—*Liorna* en lontananza, bañándose en el mar;—luego las islas *Gorgona* y *Capraia*. de que habla Dante, campeando solitarias en medio de las olas;—más lejos, la erizada silueta de la *Isla de Córcega*,—y en otro lado, un pedazo de la *Isla de Elba*, saliendo bruscamente por detrás de un cabo de la Tierra Firme...—tal es el asombroso cuadro que se descubre, y que yo contemplé extasiado aquella mañana, desde lo alto del *Campanile*.

¡*Córcega* y *Elba!* ¡La cuna y la prision de Bonaparte; su oriente y su ocaso!—¡Y allá... al término del horizonte, la extension del Mediterráneo, el camino del Océano, el derrotero de Santa Elena!

Entre *Elba* y *Córcega*... ¡qué poema de gloria! ¡Cuánto poder! ¡Cuánto genio! ¡Qué elevacion y qué caída!

*Due volte nella polvere,
due volte sull' altar!...*

¡En *Córcega*, un estudiante oscuro: en *Elba*, el emperador de Europa destronado!—Y, por medio, mil batallas, ó sea una batalla sola contra el antiguo mundo; batalla en que los Ejércitos de Napoleon tocan con sus alas en *Cádiz* la invencible y en *Moscou* la incendiada; batalla que dura veinte años, y que tiene su episodio en *Egipto*; batalla, en fin, que pierde á la postre el arrojado corso, cuando, al llegar la tarde de su estrella, empieza á retirarse simultáneamente de *Cádiz* y de *Moscou*, perseguido por el pueblo español y por el frio de *Rusia*, hasta que, estrechándose cada vez más el círculo de su imperio, queda reducido al peñasco de *Elba*, precursor del de *Santa Elena*.

—¿Y qué ha quedado de aquel hombre? (preguntéme yo en tal momento, tornando la vista hácia *Francia*). ¿Qué resta de su genio? ¿Qué de sus planes? ¿Qué de la obra del segundo César, del segundo Cárlo

Magno?— ¡La alianza de Francia con Inglaterra!... ¡La razon mercantil, convertida en razon de Estado; la tiranía, sin la disculpa de la gloria; la perturbacion, sin la enseñanza de la libertad; el insulto de Santa Elena no vengado; la independencía de Italia, emprendida como un negocio, y temida y escatimada cuando se convierte en una magnífica y pasmosa resurreccion; Roma, farisáicamente protegida, estratégicamente ocupada; una escuadra en Gaeta, prolongando la agonía de sitiados y sitiadores; ¡por todas partes la duda ó la codicia, la debilidad ó la fuerza bruta!...— ¡Y, como justificacion de tanta mengua, el temor á la plebe; el miedo á un millon de desgraciados que cifran el ideal de su ventura en la posesion del pan ageno!!!...»

—Hé allí nuestro camino: (me decia en tanto mi amigo Caballero, señalando al ferro-carril de Florencia por *Luca*). Son las dos y media... Estamos precisamente encima de la Estacion... El tren sale á las tres ménos diez minutos... De *Pisa* á *Luca* se va en tres cuartos de hora... Nuestro equipaje nos espera al pie de la Torre... Partamos!...

—¡Sí... sí: bajemos del *Campanile!* contesté yo, asombrándome de ser todavía tan entusiasta.

Y pocos minutos despues corriamos á toda máquina con direccion á *Luca*.

III.

LUCA.

(Escrito en Florencia.)

El ferro-carril de *Pisa* á *Luca* faldea primero los *Montes Pisanos* (cubiertos de frondosa arboleda y célebres por sus mármoles riquísimos, así como por sus aguas termales), y penetra en seguida en una estrecha garganta, que dá paso á otro valle cruzado por el caudaloso *Serchio*.

En medio de aquel valle se asienta *Luca*.—Y hé aquí (como dice Dante:)

perché i Pisan veder Lucca non ponno,

Al principio, no se vé de la Capital del antiguo Ducado más que la cuadrada *Torre* de la Catedral; pues *Luca* está cercada de anchas murallas no muy altas, ceñidas por un foso y plantadas de pomposas alamedas, que forman como un nido de flores y verdura dentro del cual queda escondida la poblacion.

En torno de aquella gran maceta se extiende una amena llanura rodeada de ásperas montañas, en la que se ven á lo lejos tres ó cuatro pueblecillos...—Y á esto se reduce todo el *Estado de Luca*...—¡Porque ya sabreis que, al pasar los *Montes Pisanos*, habíamos entrado en otra *ex-nacion*,—que era todavía un *Reino independiente* hace trece años!...

Salva la hipérbole, pudiera decirse que la historia particular de *Luca*

hace más bulto que todo su territorio. Básteos recordar que *Luca* ha sido República popular, República aristocrática, Consulado feudal del Austria, Provincia de Milan, de Pisa y de Florencia, Patrimonio de la Santa Sede, Propiedad de una hermana de Napoleon, Ciudad etrusca, ligur, romana, gótica y lombarda, y otras muchas cosas más.—Los unos la vendieron por dinero: los otros la dieron en dote á sus hijas: estos la conquistaron á sangre y fuego; aquellos la libertaron generosamente...—Una sola cosa la califica, y constituye la unidad de su carácter: el haber sido siempre *guelfa* en las guerras del Imperio con el Papado, y por lo tanto, enemiga de Pisa.

Ya digimos en Parma que el último Soberano de *Luca* fue Cárlos II de Borbon, hijo de la Reina de Etruria y primo hermano de la actual Reina de España, el cual dejó este trono por el de Parma, en 1847.—Desde entonces hasta el año pasado, *Luca* ha sido una de tantas Provincias del Gran Ducado de Toscana.

Hoy el Gran Ducado de Toscana ha perdido tambien su autonomía, fundiéndose en el Reino italiano.—Es la historia de los arroyos que van á los ríos y de los ríos que van á la mar.

Luca tiene casi el mismo aspecto y algunos menos habitantes que Pisa; pero como la ciudad es más pequeña, resulta más animada.—En cuanto á su clima, se halla muy lejos de ser tan benigno como el de su antigua rival.—A lo menos, ayer tarde hacia allí un frio... muy propio de la estación y nada á propósito para los enfermos del pecho.—¡No quiera Dios (dijimos) que vengan este invierno á *Luca* aquellas lindas inglesas que conocimos en Liorna!

En *Luca* visitamos algunas bellísimas *Iglesias*, entre otras, *San Michele*, *San Frediano* y *San Giovanni*, notables por su rara arquitectura, por su vejez y por los cuadros y esculturas que encierran.

La *Catedral* es gótica, cosa singular en Italia; pero, sin embargo, ostenta, sobre todo en la fachada, muchos rasgos característicos de la arquitectura especial de Pisa.—En aquel templo son de notar muy señaladamente las muchas y magistrales *Esculturas* que adornan así el interior como la portada.

Y, á propósito: *Luca* ha sido siempre fecunda en buenos escultores; pero hoy se contenta con ser patria de todos los fabricantes de *Santi boniti barati* que recorren la Europa y la América.—Muchos de estos fabricantes salieron de su ciudad niños y miserables, sin otro patrimonio que algunas figurillas de barro y un costal de yeso; recorrieron el mundo, llevando siempre sobre la cabeza una tabla llena de monigotes diariamente renovados, y volvieron á *Luca*, al cabo de quince ó veinte años, cargados de riquezas, que les permitieron comprar algun antiguo Palacio, casarse con la hija de algun título pobre y pasar la segunda mitad de la vida eclipsando el esplendor y el poderio de aquellos grandes personajes cuyo busto habian fabricado tantas veces...—¿Quién me lo dijera, al verlos recorrer, cuando yo era niño, las arábicas calles de Guadix?

La *Catedral* de Luca encierra tambien muy buenas pinturas de Tintoretto, Fra Bartolomeo, Daniel Volterra y otros insignes artistas.

Despues de visitar los Templos que he citado, pasamos algun tiempo en la *Plaza Grande*, que es soberbia.—En ella se levantan el antiguo *Palacio Ducal* y una *Estatua* de mármol de María Luisa de Borbon, ó sea de la Reina de Etruria.

Luégo nos fuimos á dar un paseo en coche sobre las *Murallas* que cercan la ciudad, sombreadas, como os he dicho, por corpulentos árboles,—plátanos, acacias y álamos blancos.

Allí habia una gran concurrencia. En cada trozo de muralla se veian las familias del barrio inmediato.—Asi, pues, en un lado se encontraba gente pobre que tomaba el sol por cuenta propia: en otro, gente rica que lo tomaba por cuenta agena, ó sea por lucir sus galas. Tambien habia parajes solitarios; y otros en que los estudiantes diableaban á sus anchas, jugaban los soldados y dormian á pierna suelta los mendigos.

Los carruajes daban la vuelta entera alrededor de la ciudad, recorriendo todos aquellos paseos, que suman un trayecto de una legua.

En los carruajes vimos algunas mujeres muy elegantes y muy bonitas, vestidas á la parisien.

Los *liones* de Luca las seguian á caballo, bebiendo los vientos por una mirada ó un saludo.

Esto me recordaba las tres vueltas que Hector y Aquiles dieron alrededor de Troya antes de venir á las manos.

Ya oscurecido, nos encaminamos á nuestro alojamiento (*Albergo della Croce di Malta*), donde *Jussuf* nos amenizó la comida y la *soirée* contándonos casos y cosas del imperio de Marruecos, hasta que á eso de las nueve, hora en que hubiéramos empezado á vivir en Madrid, nos dimos las buenas noches, no sin exclamar por la centésima vez:

—¡Mañana al medio día estaremos en Florencia!

IV.

DE LUCA Á FLORENCIA.—FLORENCIA Á LO LEJOS.—RECUERDOS HISTÓRICOS.—PRIMER PASEO POR LA CIUDAD.

Florencia 15 de Diciembre.

Las quince leguas, ó sea las tres horas de ferro-carril que hay de Luca á *Florencia*, constituyen uno de los viajes más deliciosos que podeis imaginaros. Las maravillas se suceden sin interrupcion: de la fértil campiña se pasa al sombrío bosque: de la agreste montaña se baja al extensísimo olivar: en una parte, moreras, naranjos, olorosos laureles: en otra, cristalinos riachuelos ó canalizadas acequias, que esparcen el riego por los verdes sembrados: á cada paso, una ciudad, una aldea, una quinta: de vez en cuando, las ruinas de algun castillo señorial; y siempre y por todos lados,



RAFAEL DE URBINO.



flores y verdura (¡flores en diciembre!), un cielo radiante, un aire perfumado, un sol de oro; gente bella y locuaz; gracia y arte en la disposición de los edificios más vulgares; lujo en la naturaleza; alegría en el hombre; poéticos recuerdos por do quiera...—Tal es, en resumen, la Alta Toscana, muy semejante, por cierto, al territorio granadino.

El ferro-carril se dirige primero al Nordeste, deslizándose al pie de frondosas colinas cuajadas de caseríos, y dejando ver á la derecha una vasta y riquísima llanura.

Así se pasa cerca de *Pescia*, pequeña y linda ciudad; por *Montecatini* y *Pieve á Nievole*, preciosos pueblos; por *Serravalle*, reclinada ya en las faldas del Apenino y coronada por una antigua fortaleza, y finalmente, se llega á *Pistoja*, ciudad más importante, también fortificada, célebre en la antigüedad porque no lejos de sus muros tuvo lugar la sangrienta batalla en que murió Catilina, y muy nombrada en la Edad Media á causa de la guerra feroz que se hicieron sus habitantes, divididos en *Blancos* y *Negros*, á pesar de ser todos blancos.

De buena gana hubiera entrado en *Pistoja* y visitado sus templos, notables, segun me aseguraron, por las muchas y muy buenas esculturas que encierran...

Pero la atracción de *Florenxia* érame ya irresistible.

En *Pistoja* se nos agregaron tantos viajeros, que fue necesario añadirle al tren cuatro veces más coches que habia sacado de Luca.—Y es que en *Pistoja* se reunen todas las diligencias que cruzan el Apenino viniendo de la Emilia y de la Lombardia con dirección á *Florenxia*.

En adelante, caminamos al Sudeste, alejándonos del Apenino todo lo que nos habíamos acercado á él y penetrando en una amenísima llanura tapada de árboles.

Allí encontramos á *Prato*, ciudad de 12,000 habitantes; amurallada; sumamente industrial, á juzgar por las innumerables chimeneas de Fábricas que la coronan, y llena de preciosas obras de arte, segun me dijo un compañero de coche que se quedó en aquella estación.

—¡*Prato!* (exclamaba en tanto Jussuf). *Hacerse aquí gorros colorados para moros turcos.*

—Ciertamente, respondió otro viajero.

—¿Y por dónde lo sabes tú? le preguntó Caballero al marroquí.

—*Haber en Liorna gorros muy baratos* (replicó este sonriendo como un niño). *Yo preguntar, Judío decir:—«Estar gorro para turco; chico para moro.»—Moro no comprar.*

En esto, empezábamos á llegar á *Florenxia*.

Florenxia, como todas las capitales de primer orden (exceptuando á Madrid), se anuncia antes de aparecer á los ojos del viajero. Las fábricas, las quintas, los palacios campestres, las casas diseminadas acá y allá, el aprovechamiento del terreno, las huertas lujosamente cercadas, todo



revela, desde que se sale de *Prato*, que se aproxima uno á un gran foco de poblacion, á un gran centro de vida, á un gran campamento,—del cual está recorriendo las avanzadas...

Poco á poco van estrechándose las distancias entre los aislados edificios; van relacionándose éstos; va formándose la colmena; va condensándose la Ciudad..., hasta que, por último, aparecen á lo lejos algunas elevadísimas Torres; y luégo la gran masa de la Capital, en magnífica perspectiva...

—¡*Florenzia!*... aquella es Florenzia, ó sea la *patria de las flores* (se apresura á deciros vuestra memoria, temerosa de que se entristezca vuestro corazon): aquella es la Ciudad dos veces ilustre en la historia del arte, como etrusca y como italiana; aquella es la rival y vencedora de *Fiésole*, cuyo esqueleto blanquea todavía en la próxima montaña; aquella es la Colonia embellecida por los romanos, la deidad admirada y luégo destruida por los bárbaros; la desheredada princesa restablecida en su trono por Cárlo Magno; aquella fué luégo la ardiente republicana, al par que elegante aristócrata, que dispensó sus favores indistintamente á Guélfos y Gibelinos, y fue amada y maldecida por el infortunado Dante; esa es la Córte de los Médicis, de aquella familia de astutos comerciantes que se trasformó de pronto en dinastía de Príncipes, y dió Reinas á toda Europa, Pontífices al Cristianismo y Tiranos á *Florenzia*..., pero tiranos ingeniosos que hicieron olvidar á los toscanos su perdida libertad, adormeciéndolos con el suave beleño de las letras y las artes y enervando su clásica energía en el seno del lujo y los placeres; esa es la *Atenas del Renacimiento*, la *Ciudad-museo*, en cuyas plazas se ven todavía, revueltas con la multitud ociosa, las esculturas de Miguel Angel y Benvenuto Cellini; esa fue la cuna del talento, el emporio del saber y la cultura, la escena de los grandes crímenes, el salon de las lujosas fiestas, la gran escuela política; abí se encuentran hoy millones de libros, cuadros, estátuas, joyas, medallas, camafeos, bronceos, manuscritos, reliquias, templos, sepulcros y palacios, testimonios elocuentes de las glorias florentinas; esa es, en fin, la patria de Dante, de Maquiavello, de Bocaccio, de Americo Vespucio, de Cimabue, de Ficin, de Mars, de Andrea del Sarto, de Lorenzo de Médicis, de Leon X, de Lulli, de Bruneleschi, y de otros muchos artistas, poetas, papas, historiadores, sabios, guerreros y navegantes de inmortal renombre...

Tal es la *Florenzia* que ve la imaginacion, en tanto que los ojos descubren sucesivamente un apiñado grupo de Torres señoriales, Cúpulas y Campanarios; altos techos de enormes edificios; graciosas siluetas de negros Palacios, destacándose en el limpio cielo; Puertas almenadas; Jardines levantados sobre algunas azoteas; calles de árboles; Puentes; Arcos; los anchos espejos del Arno caudaloso; suntuosas casas modernas; centenares de carruajes por todos lados; una inmensa muchedumbre á pie; lujo, animacion, alegría, movimiento y ruido en la estacion del Ferro-Carril, en los Muelles, en el rio, en las calles, en las plazas, en todas partes...;

una gran capital, en fin, que recuerda á Milan, ó más bien á Sevilla; pero que las aventaja en hermosura...

Mucho ántes de entrar en *Florenzia*, se han visto ya tres de sus principales maravillas, que son: la alta y esbelta *Torre del Palacio Viejo* ó de la *Señoría*; un maravilloso *Campanile* (que desde el primer momento hace olvidar aquel tan extraño y bello que acaba de admirarse en Pisa), y sobre todo la audaz y gigantesca *Cúpula de la Catedral*, llamada *Cúpula de Brunelleschi*, del nombre de su autor.—Estas tres obras maestras, solitarias reinas del aire, hacen adivinar al viajero todo el esplendor de la Ciudad que se extiende debajo de ellas.

Una vez *intramuros*, llama vivamente la atención la singular elegancia de todo lo que se ve; el *buen tono*, por decirlo así, no sólo de las personas, sino de las cosas; el decoro, el aseo, la gracia de las calles, de los edificios y de las gentes; el aire de decencia y de cultura que se respira por do quiera; la pulcritud y perfección del empedrado; los contornos artísticos y la noble severidad de los palacios; la compostura y limpieza de la muchedumbre; el gusto, cuando no el lujo, de las tiendas; la aristocrática disposición de la entrada de los cafés y de los hoteles, y, sobre todo, el gran número de extranjeros de todos los países, en particular ingleses (y entre los ingleses, centenares de *fashionabilísimas* inglesas), que han tomado carta de ciudadanía á las orillas del Arno, siendo para la patria de las flores una especulación y un adorno, ó sea *becerras de oro* para los comerciantes y *figurines de la moda* para sus hijas.

Nuestro primer cuidado al salir de la Estación del Ferro-carril, fue venirnos al *Hotel de l'Arno* y hacer un ligero estudio acerca de la *cocina* de Florenzia, que no nos pareció mala: en seguida nos marchamos á recorrer *superficialmente* la Ciudad, en cuya operación hemos empleado desde la una de la tarde hasta el oscurecer; y, ya oscurecido, nos hemos vuelto á casa, de donde yo no he querido salir, con tal de pasar la velada coordinando mis apuntes de Pisa y de Luca, como acabo de hacerlo, y reseñando además, como lo voy á hacer, las principales cosas que he visto esta tarde, durante mi primer paseo á la ventura por la córte de los Médicis.—Manos, pues, á la obra.

En *Florenzia*, como en Pisa, el *Arno* es la calle principal, la gran arteria de la población, el *boulevard* que la parte en dos mitades.—A cada lado del opulento río hay un ancho Muelle, llamado *Lungo l'Arno*, en que se levantan, sobre todo en el de la derecha, soberbios Palacios y magníficos Hoteles.—Desde el balcon del que nosotros habitamos se descubre toda la longitud de esa triple calle, ó sea cerca de una legua de muelles y río, viéndose sobre este último hasta cinco Puentes de variada forma, que son: *il Ponte delle Grazie*, sólido y viejísimo, sobre el cual se levantan algunas casas; *il Ponte Vecchio*, que se halla casi á la puerta de nuestro Hotel, y que constituye uno de los principales centros del comercio de Florenzia (pues, como el Puente de Rialto de Venecia, sostiene

dos hileras de casas, cuyos portales son otras tantas tiendas, ocupadas casi todas por plateros); *il Ponte á Santa Trinitá*, compuesto de tres elegantes y atrevidos arcos peraltados, y adornado con cuatro Estátuas; *il Ponte de lla Carraja*, así llamado por los muchos carros que pasan sobre él, y finalmente, allá muy léjos, donde no hay ya casas á las márgenes del Arno, sino jardines y alamedas, *il Ponte di Ferro*, uno de los dos puentes colgantes tendidos sobre el rio en las afueras de la Ciudad.

Despues de recorrer de un extremo á otro el *Lungo l'Arno*, ó *Lungo Arno*, hemos dirigido nuestros pasos á la célebre *Plaza de la Señoría* ó del *Gran Duque*, que, por sus monumentos arquitectónicos y por sus recuerdos históricos y poéticos, compite con la *Piazzetta* de Venecia, y que, por las obras maestras de Escultura que la adornan, hace adivinar lo que debieron de ser las Plazas de Atenas, cuando las obras de Fidias, Praxiteles y Cleómenes recibian en ellas la lluvia del cielo y las reverentes miradas de los mendigos o ciosos.—En el Foro de Florencia, son *Miguel Angel*, *Benvenuto Cellini*, *Juan de Bolonia* y *Donatello* los que excitan la admiracion de los transeuntes; pues en él figuran, y podeis ver siempre que paseis (y hasta reparar en que mucha gente cruza ya cerca de ellas sin mirarlas), cinco ó seis obras maestras de aquellos inmortales artistas.

Desde luégo habeis empezado por admirar el conjunto de la *Plaza*, irregular, es cierto; pero muy pintoresca y graciosa; hermo세ada por la noble, severa y elegante fachada del *Palazzo Vecchio*, Capitolio de Florencia, por los grandiosos arcos de la *Loggia de Lanzi*, donde se reunia el Pueblo á conferenciar sobre la cosa pública, y por el célebre *Palacio Ugoccioni*, que unos creen ser obra de Rafael y otros del renombrado Paladio.

Al pie de estos edificios veis primeramente el famosísimo *David* de Miguel Angel, estatua colosal que representa al Profeta-Rey en los primeros años de su juventud, cuando no era más que un sencillo pastor, pero ya arrogante mancebo. En mi entender, Miguel Angel ha querido retratar al hijo de Jessé en el momento que vuelve á su casa despues de haber matado al Gigante Goliat. Su actitud es modesta y natural, digna y sublime al propio tiempo. Hállase desnudo, con la terrible honda ceñida á la *bandolera*, y la poderosa diestra caída. En su serena frente se adivinan ya las inspiraciones del artista, la magestad del monarca y las visiones del Profeta. La figura toda es un modelo de belleza humana. De cualquier lado que se la contemple, ya al entrar en la plaza por la *Galeria degli Uffizi*, ya al salir del *Palazzo Vecchio*, ora desde la *Loggia*, ora viniendo de la *Catedral*, ¡qué sereno continente, qué esbeltez, qué pureza de líneas!—Muchos dicen que esta Estatua, ejecutada por Buonarotti á la edad de 29 años, es la mejor obra de la escultura antigua y moderna.—Mañana, cuando vea la decantada *Venus de Médicis*, emitiré mi pobre voto.

Cerca de *David* hay un grupo colosal de Bandinelli, que representa á

Hércules matando á Caco;—composicion que sería notabilísima en otra ciudad; pero que en este sétimo cielo del arte apenas llama la atencion.

En la *Loggia* compite honrosamente con la obra maestra de Miguel Angel el *Perseo* de Benvenuto Cellini, airosa y noble estatua de bronce, cuya fama es universal.

No léjos se ve una tercera maravilla, el *Robo de la Sabina*, por Juan de Bolonia, admirable grupo de tres figuras escalonadas una sobre otra, en que el arte ha apurado todos sus recursos para hacer armoniosa y bella una escena tan erizada de dificultades.—El audaz raptor tiene sujeto bajo sus pies al esposo, ó al amante, de la beldad que ha cogido en sus brazos. El Sabino rabia y se retuerce contra el suelo, mirando con desesperacion á su amada. El Romano contempla con voluptuosa codicia aquel mórbido seno que casi le roza la cara. La Sabina, cogida por las caderas, y pugnando por escaparse, se halla tendida boca arriba, sobre el pecho del soldado de Rómulo, toda desnuda, tan hermosa como Dios la hizo, con los brazos levantados al cielo, cual si le pidiese auxilio, angustiada, bellísima, incitante, digno objeto de tan bárbara contienda.—Todo este grupo, de tamaño mayor que el natural, está labrado en un solo trozo de mármol de Carrara.

Para concluir: á la puerta del *Palacio Ducal* hay dos estatuas del *Dios Término*:—al Norte del mismo Palacio, una magnífica *Fuente de Neptuno*, que me recordó la del Prado de Madrid, bastante inferior á la florentina;—más al Norte, una hermosa *Estatua ecuestre de Cosme I de Médicis*, obra de Juan de Bolonia;—y dentro de la *Loggia*, siete Estatuas antiguas, de las cuales seis representan otras tantas *Galas prisioneras*, y la sétima, *Un soldado que sostiene el cuerpo de Ajax moribundo*.—En el arco de la misma *Loggia* que mira al *Patio degli Uffizi*, se encuentra el famoso y no muy bello grupo vaciado en bronce, *Judit y Holofernes*, obra del inmortal Donatello, de quien ya ví en Venecia unos bellísimos bajo-relieves.—Creo que no se puede pedir más prodigios de arte á una plaza pública.

El *Patio degli Uffizi*, contiguo á la Plaza del Gran Duque, puede considerarse como una parte de esta, ó como una continuacion de la *Loggia de 'Lanzi*. A este Patio, que es una calle ó pasaje, á cuyos dos lados corren unos grandiosos pórticos, dan las ventanas del *Palazzo degli Uffizi*, célebre en todo el mundo por los tesoros artísticos que encierra.—Abajo, delante de los arcos de los pórticos, hay 28 *Estatuas* que representan á los Toscanos Ilustres: Dante, Petrarca, Alfieri, Maquiavelo, Galileo, Savonarola, Giotto, Orcagna, Lorenzo el Magnífico, Donatello, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Bocaccio, Americo Vespucio, Guido Aretino, Benvenuto Cellini, Nicolás de Pisa y otros que no recuerdo.—Todas estas *Estatuas* han sido costeadas con los productos que los Grandes Duques de Toscana han sacado del juego de la Lotería desde 1835.

Dejando para mañana ú otro dia el visitar el *Palacio degli Uffizi*, en que, segun mis cálculos, hemos de pasar muchas horas sólo para echar

una ojeada á las principales maravillas que guarda, nos fuimos en busca de la *Plaza de la Catedral (Piazza del Duomo)*, separada de la del *Gran Duque* por una sola calle, ancha, recta y hermosa, que toma sucesivamente tres nombres, y en la cual vimos al paso una de las más notables iglesias de *Florenzia*, llamada *Or S. Michele*, de que ya hablaré cuando la vea con detenimiento.

En la *Plaza del Duomo* de Florenzia, lo mismo que en la de Pisa, se ven agrupados tres diferentes edificios, á cual más bello, que constituyen una sola obra:—la *Catedral*, el *Campanile* y el *Bautisterio*.—Sólo falta el *Campo-Santo*; pero en cambio se ven otras notables construcciones (dependencias y fundaciones de la *Catedral*, ó albergue de los Canónigos), adornadas por dentro y por fuera con preciosas obras de arte.—En fin, al mediodía del Templo hay una Piedra, *il Sasso di Dante*, en la cual, segun la tradicion, se sentaba todas las tardes el poeta á descansar de sus fatigas—; hace 360 años!

La *Catedral (Santa Maria del Fiore)*,—Santa María de la Flor,—así llamada del nombre de la Ciudad, ó de sus Armas, que consisten en un lirio rojo sobre campo blanco) es una de las más célebres de la cristianidad; imponente como fábrica, grandiosa como pensamiento, respetable como historia y por los monumentos que encierra; pero ni su Fachada está concluida, ni el resto del exterior luce sus grandiosas proporciones á causa de los mármoles de colores que lo revisten.—El Interior es sumamente pobre, ó por mejor decir, aparece muy desnudo y desmantelado, pues no bastan á su ornamentacion las obras de arte que allí se admiran.

Entre las cosas que más me han sorprendido en aquel espacioso templo, citaré un *Meridiano* trazado en el suelo por *Toscanelli*, el maestro de Cristóbal Colon; los *Vidrios de colores* de las altas ventanas; un Grupo de Escultura, llamado la *Pietà*, obra de Miguel Angel, quien lo destinaba á su Sepulcro, y una Pintura en madera, único adorno de una vasta pared, que representa al *Dante*, vestido de encarnado, coronado de laurel, con la *Divina Comedia* en la mano, y mirando á sus piés una vista panorámica de *Florenzia*.

Este precioso cuadro fue ejecutado por Andrea Orcagna, el inspirado pintor que tanto hemos admirado en el *Campo-Santo* de Pisa, constructor además de la *Loggia* de la Plaza del Gran Duque y escultor tambien muy famoso.—Orcagna, que murió en el segundo tercio del siglo XIV, pudo muy bien conocer á Dante, muerto en 1321.—Como quiera que sea, siempre resultará que la República de Florenzia, que tanto persiguió y afligió á Dante, lo albergó pocos años despues bajo las bóvedas de esta insigne Iglesia, presentándolo reverentemente á la veneracion de los florentinos.

Pero la gran maravilla de la *Catedral* es la famosa *Cupula de Brunelleschi*, rival de la de San Pedro de Roma.

Brunelleschi fue el primero que se atrevió á levantar en los aires una

obra de esta natutraleza, contra el dictámen de todos los arquitectos de su siglo, que lo tomaron por loco cuando lo oyeron exponer su proyecto.—Baste deciros, para que comprendais cuán difícil se creia entonces edificar una cúpula de tan gigantescas dimensiones, que artistas muy renombrados propusieron que se empezase por llenar de tierra el centro de la Iglesia, hasta que la cúspide de una montaña artificial saliese por la abertura que se trataba de cubrir; por cuyo medio, sólo les restaba construir una especie de corteza sobre aquel molde.

Este ridículo pensamiento tuvo sin embargo su lado ingenioso, que consistió en proponer que, al formar el susodicho monte, se mezclasen monedas con la tierra, á fin de que el pueblo en masa se diese luégo prisa á desocupar el templo...—Así y todo, fue desechado, y Brunelleschi obtuvo al fin permiso para ensayar su idea, tan sencilla como barata (pues ni requería grandes andamios, ni armaduras de hierro, ni arbotantes, ni ninguna de las pueriles precauciones tomadas hasta entonces por la ignorancia para acometer obras de este género), y levantó aquella portentosa máquina, aquel templo aéreo, cuyo diámetro pasa de 130 piés, y cuyo vértice dista 300 piés del pavimento de la Iglesia.

Algunos dicen que la cúpula de *Brunelleschi* tiene más mérito que la de Miguel Angel, que hemos citado, construida un siglo despues... (Véase ya desde luégo, que tiene el de la prioridad). Pero este mérito, añaden, no consiste en la belleza, sino en el atrevimiento de la construccion...—Yo me alegro de que así sea; pues de este modo conservo íntegra la ilusion con que espero ansiosamente el dichoso instante en que pueda contemplar la célebre maravilla del Renacimiento, la decantada *Cúpula de San Pedro* de Roma, llamada por Victor-Hugo en *Notre Dame de Paris*: «Idea de desesperacion...; obra inmensa que merecia ser única; última originalidad de la arquitectura; firma de un artista gigante al pié del colossal registro de piedra que se cerraba...»

El *Campanile*, que se alza al lado del *Duomo*, es, segun ya he indicado, mucho más bello que el de Pisa, si bien de forma menos extraña.—Giotto, el ilustre Giotto, lo dibujó y empezó á construirlo.—Su estilo es gótico italiano, pero tan delicado y gracioso, que nuestro emperador Carlos V decia que aquella obra maravillosa «deberia estar encerrada en un estuche, á fin de que el tiempo no la ajase...»—Su altura llega á 258 piés. Es cuadrado, y consta de cinco cuerpos revestidos de mármoles de colores. El primer cuerpo está adornado de preciosísimos bajo-relieves, y el segundo de estátuas de extraordinario mérito esculpidas por Giotto, Donatello, Luca della Robbia y otros célebres artistas. Los demás cuerpos ostentan elegantes ventanas ojivales.—La idea de Giotto era coronar la Torre con una pirámide de sesenta piés; pero Tadeo Gaddi, que terminó la obra, no se atrevió á levantarla.

El *Bautisterio* es digno del *Campanile*, pero no tan bello como el de Pisa.—En cambio, sus tres *Puertas de bronce* están reputadas como otros tantos prodigios de arte, y Miguel Angel decia de una de ellas «que merecia

ser la puerta del Paraiso.»—Débense á Andrés Pisano y á Lorenzo Ghiberti, y su mérito consiste en los primorosos bajo-relieves que las adornan, y que representan asuntos tomados de la Biblia.

La *Puerta* que mira á la fachada de la Catedral, obra de Ghiberti, es la más celebrada y la que tanta admiracion causaba á Miguel Angel.—El mismo Rafael se complacia en decir que más de una vez habia tratado de imitar las purísimas formas de algunas de las figuras de aquellos bajo-relieves.—Ghiberti empleó veinte años en hacer las dos puertas que llevan su nombre, siendo de advertir que sólo tenia veinte y tres de edad cuando obtuvo el encargo de ejecutarlas, y que venció á los primeros artistas de su época, entre otros á Brunelleschi, en el concurso que se celebró al efecto.

Fatigados ya de tanto ver y admirar (y eso que no habíamos hecho más que visitar dos Plazas y una Iglesia), tomamos un cabriolé y le dijimos al cochero que nos pasease por la Ciudad, sin otro norte que su capricho, resueltos por nuestra parte á no detenernos ante cosa alguna, por mucho que nos maravillara.—De otra manera nos hubiera sido imposible formar esta tarde una ligera idea de toda la Capital, segun nos habíamos propuesto al salir del Hotel.

Corrimos, pues, de calle en calle y de plaza en plaza, viendo á cada paso severos Palacios de construccion etrusca, esto es, ciclopea, basada en grandes monolitos, y de una arquitectura peculiar de la antigua Florencia, que consiste en dejar lisos los amplios muros, sin más adorno que una gran cornisa y algunas pequeñas ventanas de gracioso corte, altas y estrechas, partidas por una columna que forma dos arcos tan semejantes á los de las ojivas góticas como á los de los agimeces árabes.—Estos Palacios tienen un aspecto, á la vez elegante y sombrío, guerrero y voluptuoso, que recuerda á aquellos aristócratas florentinos, ilustres en las letras y en las artes, cuanto terribles en la plaza pública ó en los campos de batalla.

El cochero nos iba diciendo el nombre de algunos de aquellos edificios: nombres que levantaban un mundo de recuerdos en la imaginacion.

—Este es el palacio *Stiozzi Ridolfi*, donde habitó *Blanca Capello* (exclamaba).—Este es el *Palacio de los Médicis*, su primera casa, en donde vivian como simples blanqueros, antes de ser llamados al gobierno de la ciudad y del mundo.—Este es el *Palacio Strozzi*, tipo y modelo de los palacios florentinos.—Esta es la *Casa Buonarroti* (la casa de Miguel Angel), donde vive todavía un descendiente de su familia y se ven dibujos, instrumentos y muebles que pertenecieron al grande artista, así como su correspondencia!!—Esta es la *Casa de Alfieri*.—Esta es la *Casa de Dante*.—Aquí vivió *Galileo*.—Aquí *Maquiavello*!...

Y mientras el cochero hablaba de este modo, íbamos encontrando Estátuas y más Estátuas (pasan de 200 las que decoran las calles y plazas de la Capital), Fuentes y más Fuentes, grandiosos Templos, magníficos Arcos, millares de obras artísticas...

Y huyendo de tanta grandeza, abrumados por tantas emociones, salimos al campo, y en el campo encontramos centenares de lujosos darruajes, ocupados por lores ingleses, opulentos americanos y Príncipes de toda Europa; *villas* régias; bellísimos Jardines; la grandiosa mole del *Palacio Pitti*, vista á lo lejos; la remota perspectiva de cúpulas y torres, debajo de las cuales sabíamos ya que nos esperaban nuevos prodigios de arte que admirar...—¡Siempre *Florenzia*! ¡*Florenzia* por todas partes; cada vez más bella y más rica, más elegante y seductora!

Al espirar el día, estábamos en el *Monte alle Croci*, elevada colina que domina toda la Ciudad, y desde cuyo vértice conseguimos al cabo abarcar de una ojeada tantas maravillas; deslindarlas; sentir las en conjunto...

—¡*Florenzia*! murmuraba yo todavía, como queriendo evocar en mi corazón nuevos deseos cifrados en este mágico nombre, nuevas ilusiones compendiadas en él...

Lentamente fue apagándose en el cielo el resplandor del crepúsculo, mientras que del perezoso Arno iba levantándose una niebla blanquecina que empezó á ocultarnos la Ciudad.

Entonces brillaron luces en los balcones de los palacios y en las ventanas de las casas más humildes, y luégo en las calles y plazas...

Habia anochecido.—Ya era un recuerdo mi primer día en la patria de Alighieri.—Aquellas luces que brillaban en las tinieblas, me parecían antorchas funerales que circuían el túmulo de mis ilusiones infantiles.

En esto sonaron todas las campanas de la extensa ciudad, unas despues de otras, pero confundándose al fin en una sola plegaria...

Era la Oracion.

¡Cuán lejos de la patria nos sorprendía la noche!...

Sin embargo, el melancólico acento de las campanas decia claramente en su idioma universal: *Ave-Maria*...

No éramos, pues, tan extranjeros en la culta, en la sensual, en la pagana *Florenzia*.—

Cuando bajamos del *Monte alle Croci*, duraba aún en el remoto Occidente un cárdeno reflejo del *pasado* día que ha servido de fecha á este capítulo.

V.

LA VIDA EN FLORENCIA.—COSTUMBRES.—PASEOS.—LAS FLORISTAS.—TEATROS.—EL PERRO DE FLORENCIA.—PITTI Y UFFIZI.—LA VIRGEN DE LA SILLA.—LA VENUS DE MEDICIS.—IGLESIAS.—MONUMENTOS.—SALIMOS PARA ROMA.

Florenzia 19 de diciembre.

Dentro de algunas horas saldremos de *Florenzia*, donde he pasado siete días inolvidables.

La hermosura de la ciudad, la amenidad de los campos, la trasparen-

cia del cielo, la cultura y suavidad de las costumbres, los millares de obras maestras de arte que he admirado en Iglesias, Palacios y Museos; la belleza de las florentinas; lo apacible de la estacion; todo ha contribuido á encantarme durante mi breve residencia en la capital de la Toscana.— ¡Oh! sin la proximidad de la *Noche-Buena*, que me obliga á salir para Roma, por las razones que diré despues, permanecería á las orillas del Arno mientras durasen estos hermosos días de diciembre, ricos de sol y de alegría, que sólo tienen igual en España.

¡Qué mañanas tan esplendorosas, tan risueñas, tan bonancibles!—Las aves, que creen llegada la primavera, abandonan sus nidos y vuelan anunciando sus amores. Los árboles conservan todavía las hojas del año que termina, y yo las confundo á veces con las de un año nuevo. Vistasas flores adornan los campos, las esquinas de las calles, los balcones de las casas, las trenzas de las florentinas, el pecho de sus amadores y sobre todo los grandes azafates de las floristas callejeras. Las damas principales pasean en coche abierto. Los ingleses fuman en los balcones de los hoteles, contemplando extasiados el océano de luz que inunda el horizonte, y no echando de menos seguramente las tristes nieblas del Támesis. Al canto de los pájaros de que hablaba hace poco, se unen las melodias de los innumerables organillos que recorren la ciudad, y tambien los ecos de mil pianos, y el monótono solfeo de las melancólicas *lady's* y de las apasionadas *signorine* que aprenden música en sus gabinetes, y las orquestas de los cafés, y, por último, el son de las campanas, que parece venir de remotas tierras, de apartadas costas, de otra península hermana de la Italia, bañada tambien por el Mediterráneo, querida tambien del sol y de las flores!...—¡Inolvidables días, vuelvo á decir!

Durante ellos, he dedicado las mañanas á visitar las *Iglesias*, que son verdaderos museos artísticos, famosos por su arquitectura y por los cuadros, frescos, estátuas y bajo-relieves que encierran; y, entre tanta maravilla de arte, recordaré eternamente, y recomiendo á aquellos de mis lectores que vengan á esta ciudad:

Los *Frescos* de la *Capilla Brancacci* en la *Iglesia del Carmine*; sobre todo los firmados por Masaccio:

La *Iglesia de Santa Croce* (que es á Florencia lo que *San Juan y San Pablo* á Venecia; el Panteon histórico de la ciudad), donde reposan en magníficas *Sepulturas* MICUEL ANGEL, MAQUIAVELO y GALILEO; donde se hallan los *Mausoleos* levantados á DANTE y á ALFIERI (el de este último esculpido por Canova); donde hay preciosísimos *Frescos* de Giotto, *Estatuas* de Donatello, y hasta un *Cuadro* de Cimabue, y donde se ve un *Sepulcro* que encerró provisionalmente los restos de *José Napoleon*, Rey que fué ó pensó ser de nuestra España:

El *Convento de San Márcos*, lleno de sublimes *Pinturas del padre Juan de Fiésole*, ó sea de *Beato Angelicó*, de aquel artista seráfico, de aquel Platon del arte cristiano, en cuya misma celda vivió despues otro religioso no menos ilustre, que parecía haber heredado su alma; el infor-

tunado Savanarola, expositor elocuente del ascético misticismo del monje artista, y paladin (como él) del espíritu puro, fuente de vida de la religion de Jesus, contra el materialismo pagano que volvía á la sazón sobre toda la cristianidad:

La Iglesia de *Santa Maria Novella*, donde hay que admirar, entre otras muchas cosas, la renombrada *Madonna* de Cimabue, «primer monumento del renacimiento del arte en Florencia» (dice un critico), llevada en triunfo por el pueblo desde el taller del pintor á dicha iglesia; los célebres *Frescos* de Chirlandajo, maestro de Miguel Angel, que revisten todo el coro; un *Crucifijo*, tallado en madera por Brunelleschi, de cuya obra se dice que no tiene rival en el mundo, y un *Juicio Final*, pintado en un muro por Andrés Orcagna, quien no vaciló en colocar á Dante entre los Bienaventurados, á pesar de que, como ya hemos dicho, el artista era casi contemporáneo del poeta:

Or *San Michele* (es decir; *Ahora San Miguel*), originalísima iglesia, que ya he nombrado más atrás, construida para Lonja de granos, y tan notable por su bella arquitectura gótica como por las *Estátuas* debidas á Juan de Bolonia, Ghiberti y Donatello que adornan el exterior (1), y por el *Tabernáculo* de mármol blanco, también de estilo gótico, obra del citado Orcagna, que se admira dentro del templo, y que constituye una de las maravillas de que más se enorgullecen los florentinos:

Y finalmente, otros *Frescos* de Chirlandajo que decoran la Sacristía de *Santa Trinitá* y representan la *Vida de San Francisco*.

De intento he dejado para lo último el hablar de *San Lorenzo*, magnífica iglesia, propiedad y monumento de los Médicis, donde se ve la célebre *Sacristía Nueva*, construida y adornada por Miguel Angel para Panteon de aquella familia.—Allí se admiran siete obras maestras de escultura de este soberano artista: la *Estátua de Lorenzo II de Médicis*, ó sea *el Pensiero* (la meditación, el pensamiento), llamada así por su actitud soñadora; la *Aurora* y el *Crepúsculo*, figuras alegóricas que reposan sobre el sarcófago de Lorenzo; la *Estátua de Julian II de Médicis*, sentado sobre su propio sepulcro; las del *Día* y la *Noche*, figuras alegóricas reclinadas á sus pies, y un grupo de la *Virgen y el Niño Jesus*, no concluido, pero sumamente notable.—Cualquiera de estas siete estatuas bastaría á la gloria de Miguel Angel.—Hay una sobre todo (la que representa á la *Noche*) que compite en belleza y expresion con las mejores esculturas de la antigüedad.

También forma parte de la iglesia de *San Lorenzo* la *Capilla de los Médicis*, más lujosa que artística, donde están enterrados los Grandes Duques Cosme II y Fernando I, y se ven los Mausoleos de Cosme I, Francisco I y Cosme III.—La Tumba y Estátua de Cosme II, de bronce dorado, es obra de Juan de Bolonia.

(1) De estas estatuas, las más bellas son la de *San Jorge* y la de *San Lucas*; ambas ejecutadas por Donatello.—A esta última fue á la que dijo Miguel Angel, lleno de admiracion:—«Márcos, ¿por qué no me hablas?»

De vuelta de las Iglesias, en las cuales, como he dicho, pasaba la mañana, me dirigia á la *Plaza del Gran Duque*, donde se encuentra el Correo.—Allí recogia mi correspondencia; saludaba al paso con cierta familiaridad al *David* de Buonarroti, al *Perseo* de Cellini y á la *Sabina* de Juan de Bolonia; me hacia limpiar las botas nada menos que por un conde, primogénito heredero de una nobilísima y antiquísima familia, establecido con sus cepillos cerca de la *Loggia de Lanzi*; entraba á dar una vuelta por el gran Salon del *Palazzo Vecchio*, donde evocaba las grandes sombras de la República florentina, ó creia oír la tonante voz de Savonarola, ó me contentaba con admirar las *Estátuas* que lo decoran (entre ellas un magnífico Grupo de Miguel Angel; *La Victoria y un Prisionero*) y las *Pinturas* de Vasari (*Fastos de Florencia*) que adornan los techos de aquella espaciosa estancia; y, por último, al sonar las once, me dirigia al Hotel,—á cuya puerta me esperaba siempre Jussuf, quien me daba los buenos dias con una infantil sonrisa y con este lacónico discurso:

—*Almorzar.*

Despues de almorzar, nos íbamos Caballero y yo á la *Galeria del Palacio Pitti* ó á la de *Uffizi*, donde permanecíamos hasta las tres de la tarde...

Deseando y temiendo estaba hablaros de esas dos galerías.—En ellas hay 3,000 obras de arte, dignas todas de especial mencion y muchas de ellas de un mérito tan extraordinario que no reconocen rival en el mundo entero.—¡Imposible, no digo describirlas, sino citarlas en un libro como este!—Imposible tambien pasarlas en silencio!

Para salir de este apuro, me contentaré con hablaros de aquellas que más me sorprendieron, y cuyo recuerdo sobrenada todavía en el Océano de mis confusas impresiones.

Empezaremos por la *Galeria Pitti*.

El *Palazzo Pitti* (construido por un comerciante particular, á quien se lo compró Leonor de Toledo; llevado por ésta en dote á Cosme I de Médicis, que trasladó á él su residencia, abandonando el *Palazzo Vecchio* ó de la *Señoría*, y habitado despues por todos los Grandes Duques de Toscana) es un edificio inmenso, grandioso, originalísimo, levantado sobre enormes sillares toscamente labrados á la manera etrusca (de los que hay muchos cuya longitud pasa de ocho metros), y más parecido á una ciudadela que á una mansion real. Detrás de esta construccion de titanes, hay unos extensísimos *Jardines*, que ocupan toda una montaña, llenos de *Estátuas*, *Fuentes*, *Escalinatas* de mármol, *Grutas* preciosas, y cuantos primores pueden imaginarse para combinar el arte con la naturaleza; y, á fin de que todo sea descomunal y ciclópeo en *Pitti*, los Médicis abrieron un camino subterráneo (un *túnel*, que diríamos ahora) entre este Palacio y el de la *Señoría*; camino que existe hoy, pasa por debajo del lecho del caudaloso Arno y va á parar á la *Galeria degli Uffizi*.

La *Galeria Pitti* se compone de diez y seis habitaciones, en que hay

colocados *quinientos cuadros* firmados por los más grandes pintores del mundo, muchos de los cuales tienen allí sus obras maestras. Entrase, pues, en aquel lugar con un recogimiento respetuoso que se acerca bastante á la devoción.

Innumerables artistas, mujeres en su mayor parte, y entre las mujeres, muchas inglesas, y entre las inglesas, algunas muy lindas, hállanse encamaradas en altos andamios copiando las obras de otras edades.—Centenares de extranjeros (sobre todo americanos, rusos, ingleses y alemanes) discurren silenciosamente por aquellos salones.—Y, por último, las más elegantes y emprendedoras beldades de *Florenxia*, elegante mente vestidas á la parisien, acuden allí (con pretexto de admirar los cuadros) á que las admiren á ellas los *touristes*, quienes, por su parte, no se desdennan de dividir su atención entre el arte y la naturaleza.

En la *Galeria Pitti* hay hasta diez cuadros del divino Rafael Sanzio, que son: la *Vision de Ezequiel*, pequeña tabla que encierra una de las creaciones más inspiradas y grandiosas de la pintura;—el *Retrato de Magdalena Donni*, amiga del artista, tipo bellísimo que le sirvió de modelo (y no la *Fornarina* como se cree por la generalidad) para sus Vígenes más inocentes é ideales;—el *Retrato de Angelo Donni*, hermano de Magdalena;—la *Madonna dell' Impannata*, ó sea del *Encerado*, llamada así del que se ve en el fondo del cuadro;—un *Retrato del Papa Julio II*;—un *Retrato del Cardenal Bibbiena*, del que hay otro repetido en el Museo Real de Madrid;—un *Retrato de Tomasso Inghirami*;—la *Madonna del Baldachino*, obra de los mejores tiempos de Rafael, en que se ve á la Virgen sobre un trono, y debajo cuatro Santos de pie, adorándola, y, en medio de los Santos, dos preciosísimos Angeles;—la celestial *Madonna* llamada del *Gran Duque*, tan estimada del duque Fernando, que la llevaba consigo siempre que viajaba;—y, finalmente, la famosa *Virgen de la Silla*, llamada por un crítico: «una de las obras más célebres, no solamente de Rafael, sino de la pintura italiana y del arte en general.»

Esta *Virgen de la Silla* (*Madonna della Seggiola*) es la obra capital del *Palacio Pitti*, como la *Venus de Médicis* lo es de la *Galeria degli Uffizi*—El maravilloso cuadro de que nos ocupamos es un óvalo pequeño (de poco más de una vara de longitud), pintado en madera, dentro del cual se ven admirablemente agrupadas tres figuras: la Virgen, sentada en una silla; el Niño Jesus, reclinado en el seno de su Madre y rodeado por sus brazos; y San Juan Bautista, niño también, adorando á Aquel de quien era el Precursor.—La Virgen no es la figura mística, ideal, angélica, que pintaba siempre Rafael para representar á la Reina de los Cielos: es María mujer; es la nazarena; es la madre del hombre, llena de hermosura mortal, de gracia humana. De todas las Vígenes del de Urbino, esta es la única cuya mirada se cruza con la del que la mira, y cuyos ojos no se bajan con modestia. Si yo considerara en este momento á la *Madonna della Seggiola* desde un punto de vista filosófico, diría que, por lo mismo que es la más terrenal y seductora de las Vígenas de Rafael, por lo mismo debe califi-

cársela como la menos inspirada, como la menos sublime, como la más vulgar de todas ellas; pero, considerándola bajo un punto de vista artístico, pictórico, académico, tengo que confesar que no puede darse figura tan bella, tan encantadora, tan graciosamente colocada, tan lujosa y elegantemente vestida como la Hija de Joaquin. «Es el modelo de la belleza ideal, (dice *Viardot*); pero no como la entienden los cristianos, sino como la entendian los griegos.»—*Miriam* (agrego yo) recuerda á Sara, á Rebeca, á Esther, á Ruth y á otras hermosas mujeres del Antiguo-Testamento. Su cabeza ostenta una toca ó turbante amarillo, rayado de azul y rojo, dispuesto á la manera oriental. Un rico schall verde con franjas de brocado y flecos de oro cubre sus hombros y envuelve su seno. La túnica es tambien lujosísima, de una recia tela de color de escarlata. ¡Y qué movimiento el de su cuerpo, enarcado para mejor apretar contra su pecho al tierno niño; ¡Qué graciosa inclinacion la de su cabeza! ¡Qué mirada aquella, fija en quien la mira! ¡Cuán to arte y cuánta naturalidad en los menores accidentes!—Jesus es tambien notable por su angelical hermosura; pero lo es aún más por la expresion de tristeza que nubla su pálido semblante «En él se lee, dice un crítico, el sentimiento de la víctima resignada á un sacrificio que dejará, entre los hombres á quienes habrá salvado, mayor ingratitud que amor y reconocimiento.»

Despues de las obras de Rafael, han llamado más particularmente mi atencion los siguientes cuadros:

Las Parcas de Miguel Angel, en que, aparte de la valentía del dibujo y la habilidad de la composicion, he admirado la idea del soberano artista de representar á las Hijas de Erebo, no en tres bellas diosas más ó menos lúgubres, como hacian los griegos, sino en tres fortísimas y espantosas viejas que hacen pensar en las brujas de Macbeth:

La renombrada *Bella* de Ticiano, ó sea su querida, que, segun unos, era una duquesa de Urbino, y, segun otros, una hija de Palma el Viejo; magnífico retrato de cualquier manera, pintado magistralmente, que representa á una niña sensual, ó sea á una jóven *inocente*, acaso próxima á dejar de serlo, blanca y rubia como Venus Afrodita, lujosamente ataviada, pero con el traje tan desceñido, que deja ver los primeros de su albo seno, y (¡raro capricho, que bien pudiera ser una alusion á la venalidad de la jóven!) adornada con una gruesa cadena de oro que le ciñe el cuello, y entretenida en admirar otra cadena del mismo metal que tiene en las manos...

Un *San Bartolomé* de nuestro Rivera (*del cavalliere Giuseppe Rivera, spagnuolo, detto lo Spagnoletto*, dice el catálogo), admirable pintura, no tan bella como la que tenemos en Madrid del mismo asunto y del mismo autor; pero notabilísima sin embargo:

Un *San Francisco de Asís*, firmado de este modo: *Josef Rivera, español, 1643*, y un *Retrato de un Italiano*, obra tambien de nuestro compatriota:

Un *Adán* de Alberto Durero, admirable representacion de aquel pobre

hombre; á cuyos pies ha pintado el artista un pavo real y un ciervo, símbolos de la vanidad y la cobardía:

Una *Virgen de Murillo*, rubia, pálida, débil, andaluza á pesar de todo; graciosísima, pero tan inmaterial y mística como, las mejores *Concepciones* del Rafael sevillano que se conservan en España:

Otra *Virgen de Murillo*, la del Rosario, con el Niño Jesús, que tiene en las manos una corona de rosas.—(Dice el catálogo de la Galería *Pitti* que el Gran Duque Fernando III compró este cuadro en 900 escudos (18,000 reales) al pintor *Fedele Acciaj*, que lo había adquirido del negociante romano *Cartoni*...—Y yo pregunto: ¿á quién se lo compraría el negociante?)

La célebre *Magdalena* de Ticiano, de la cual ví una repetición en Venecia, y otra no recuerdo dónde.—En esta obra magistral no se distingue solamente el pintor de las Venus como inimitable colorista, sino también como correcto dibujante, así como por la expresión altamente cristiana de los afectos.—La Penitente es hermosísima, y tiene lábios y ojos de lo que había sido, pintados como Ticiano pintaba los encantos de la mujer; pero esos lábios y esos ojos revelan ya todo lo que el arrepentimiento había labrado en el ánimo de la pecadora. Magdalena levanta los ojos al cielo y murmura una plegaria: hállese desnuda; pero sus manos cruzadas retienen contra el seno aquella abundante cabellera con que enjugó los pies de Cristo, y de este modo oculta los tesoros de su mortal belleza. Sobre las rocas en que se halla medio escondida, se ve un elegante vaso que recuerda el óleo precioso con que la amiga de María ungió en el sepulcro el cuerpo del Crucificado.—En este vaso escribió el artista su nombre: *Titianus*.

La *Judith* de Cristóbal Allori, notable por su hermosura y terrible expresión, así como por la idea que tuvo el pintor de retratar en ella á una querida suya que le daba muchos disgustos, y de retratarse él mismo en el dormido Holofernes:

El famoso *Baile de las Musas y Apolo*, pintado por Julio Romano sobre fondo de oro y en pequeñas dimensiones, para adorno de la tapa de un piano:

El *Martirio de Santa Agata*, de Sebastian del Piombo:

Un cuadro grande de *Beato Angelico*...

Y no digo más... no puedo decir más; pues á cada momento acuden á mi imaginación nuevas obras maestras de esos artistas y de los demás que llevo citados en este libro... Allí Vinci; allí Velázquez (tres *Retratos*, uno de ellos de Felipe IV); allí Guido Reni; allí Francia: allí Tintoretto, Pablo el Veronés, los dos Palmas, Andrea del Sarto, Rubens, Rembrandt, Van-Dyck, Salvator Rosa, Poussin, Pordenone, Perugino, Frá Bartolomeo, Bronzino, Correggio, Luini...; ¡allí todos!

Y allí está también la famosa *Venus* de Canova, que reemplazó en la *Tribuna de Uffizi* á la *Venus de Médicis*, cuando los franceses se apoderaron de ésta y se la llevaron á París.—La *Venus* de Canova sale del baño y se enjuga con un lienzo. Más que la madre de Cupido, parece una está-